

OBRAS
DRAMATICAS Y LIRICAS
DE D. LEANDRO FERNANDEZ
DE MORATIN,

Entre las Arcadas de Roma, Inacso Colmo.

TERCERA EDICION REIMPRESA POR EL AUTOR.

TOMO TERCERO.



PARIS,
IMPRESA DE AUGUSTO BOBÉE,
CALLE DE LA TABLETTERIE, N.º 9.

1825.

HAMLET,

TRAGEDIA.

Si non errasset, fecerat ille minus.

Martialis epigr. Lib. I.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakspeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten y los defectos que manchan y obscurecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso: compuesto de partes tan diferentes entre sí, por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallaría reunidas en otra composición dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakspeare y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nación.

En esta obra se verá una acción grande, interesante, trágica; que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmoción y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y efectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitación y movimiento trágico que la conciencia, para caer después y mudar repentinamente de carácter; haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del estorno de Sófocles, ceden y den lugar á los diálogos mas groseros: capaces solo de excitar la risa del vulgo. Llego el desenlace donde se complican sin necesidad los nudo, y el autor los rompe de una vez, no los desata: amontonando circunstancias inverosímiles que destruyen toda ilusión, y ya dentro el puñal de Melpomene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe, al amor inocen-

tuoso y el puro, y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa: todo se confunde en igual destruo.

Tal es en compendio la tragedia de Hamlet, y tal era el caracter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligación que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra: los inteligentes deberán juzgarla. Baste decir, que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteración que en él ha causado el espacio de dos siglos; sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caídas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y expresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castiño español á un extranjero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras obscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma: á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y explicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavía como era menester.

Si estas consideraciones deberían haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento; le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés: viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion, ni del mérito de sus autores. Otras, quizás, le seguirán en esta empresa y facilmente podrán obscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconza de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos, en quienes se venan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarla.

Ni halló tampoco en las traducciones que los extranjeros han hecho de esta tragedia, el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió en francés una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos, no dejó de merecer aceptación, hasta que M. Letour-

neur publicó la suya : que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseía perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela : se esforzó cuanto pudo por imitarle, en las muchas obras que dió al teatro; y este ilustre ejemplo arrebató á muchos poetas, que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componía no obstante de literatos de mucho mérito; que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasia á los movimientos del corazón, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores á indicaban como segura y única la senda por donde equal imágen poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papales que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta racinista y apartando para ella cuantas astutas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia; si por un momento excitaban la risa de los lectores, caian despues en obscuridad y desprecio, cuando aparecia en la scena francesa la *Padra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Madomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur : impresa por subscripcion, dedicada al rey de Francia y sostenida por el partido numeroso de aquellos, á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratáron, pues, de exaltar al mérito de Shakspeare y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y espas de disputar la corona á los Eurípides y Sófocles. Así pasaron abastir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y extranjeras : sin detenerse mucho á considerar quan poca satisfaccion debía resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakspeare. Reunió en un discurso preliminar y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto

creyó ser favorable á su causa: repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota: negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva politica, por la cual, no solo quedan disculpados los extravíos de su idolatrado autor; sino que todos ellos se originan en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasajes en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza ó reflexiones melancólicas con profunda y sólida filosofia, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que dirige, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personajes, del caracter que les dió, de lo que digieren antes, de lo que debe suceder despues; y acobardado por una especie de frances, no hay descuido en que no tropiese y caiga; entonces el traductor francés le abandona y nada oculta para disimular su deformidad: suprimiendo, alterando, substituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedruzcos suyos y ajenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos, pues, de aprovecharse el traductor español de tales variaciones, las ha mirado con la desconfianza que debía, y precisándose de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretexto de interpretarlas, ha firmado su traduccion sobre el original mismo; coincidiendo por necesidad con los traductores franceses, cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son: como podrá conocerse fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotajarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia, son obra suya, y á excepcion de una ó otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (según lo advierte en su lugar) todo lo demás, como cosa propia, le abandona al examen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna: si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hay cuenta la buena poesia, y el mercedo abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

PERSONAS.

CLAUDIO, Rey. . . }
GETRUDIS, Reina. } de Dinamarca.
HAMLET, Principe. }

FORTINBRAS, Principe de Noruega.

La sombra del Rey HAMLET.

POLONIO, Sumiller de Corps.

OFELIA, hija. . }
LAERTES, hijo. } de Polonia.

HORACIO, amigo de Hamlet.

VOLTIMAN. . }
CORNELIO. . }
RICARDO. . . } Cortesanos.
GUILLERMO. }

HENRIQUE. . }
MARCELO. . }
BERNARDO. } Soldados.
FRANCISCO. }

REYNALDO, criado de Polonia.

DOS EMBAJADORES de Inglaterra.

UN CURA.

UN CABALLERO.

UN CAPITAN.

UN GUARDIA.

UN CRIADO.

DOS MARINEROS.

DOS SEPULTUREROS.

CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingór, en sus cercanías, y en las fronteras de Dinamarca.



Giuseppe Castellani del.

Enrico Cappelletti incis.

HAMLET.⁽¹⁾

ACTO I.

SCENA I.

Esplanada delante del palacio real de Elsingor. Noche oscura.

FRANCISCO, BERNARDO.

(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)

BERNARDO.

¿QUIEN está ahí?

FRANCISCO.

No : respóndame él á mí. Deténgase y diga quien es.

BERNARDO.

Viva el rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

HAMLET.

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya : bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frío que penetra y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido. ⁶⁹

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, díles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo. Alto ahí. ¡ Eh! ¿ quien va?

SCENA II.

HORACIO, MARCELO Y DICHS.

HORACIO.

Amigos de este país.

MARCELO.

Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

¡Oh! honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(Vase Francisco : Marcelo y Horacio se acercan á donde está Bernardo haciendo centinela.)

MARCELO.

¡Hola! ; Bernardo!

BERNARDO.

¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

HAMLET.**BERNARDO.**

Bien venido, Horacio : Marcelo, bien venido.

MARCELO.

¿Y que? se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es aprehension nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.

¡Qué! no, no vendré.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y deja que asalteemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oír y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien : sentémonos y oigamos lo que Bernardo nos cuente.

(*Siéntanse los tres.*)

BERNARDO.

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera, para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece : Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una....

MARCELO.

Chit. Calla : mirale ^{en} por donde viene otra vez.

(Se aparece á un extremo del teatro la sombra del rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.)

BERNARDO.

Con la misma figura que tenía el difunto rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

¿No se parece todo al rey? Mirale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es.... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO.

(Horacio se encamina hácia donde está la sombra.)

¿ Quien eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la magestad del soberano dinamarqués, que yace en el sepulcro? Habla: por el cielo te lo pido.

(Vase la sombra á paso lento.)

MARCELO.

Parece que está irritado.

BERNARDO.

¿ Ves? se vá, como despreciándonos.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando. Habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿ Que tal, Horacio? tú tiembles y has perdido el color.
¿ No es esto algo mas que aprehension? ¿ Que te parece?

HORACIO.

Por Dios que nunca lo hubiera creído, sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿ No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.

Como tú á tí mismo. Y tal era el armé de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega, y así le ví arragar ceñido la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe.... ;Extraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprehendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos (*Siéntanse.*) y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa; ¿porque fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para que es esta fundicion de cañones de bronce y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿A que fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Que causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado, junte las noches á los dias? ¿Quien de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos, los rumores que sobre esto

corren. Nuestro ⁶⁰ último rey (cuya insagen acaba de aparecerse) fué provocado á combate, como ya sabéis, por Fortinbrás ⁶¹ de Noruega; estimulado este de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafio, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortinbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortinbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el joven Fortinbrás, de un caracter fogoso, falta de experiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega, una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cual puede ser.... y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado

armada en nuestro puesto, con la figura misma del rey, que fué y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época ⁴⁰ mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso Cesar cayese, quedaron vacíos los sepulcros y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo en voz confusa: las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre eclajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse: como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente.... Pero.... silencio.... ¿veis?... allí.... Otra vez vuelve.... (*Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hácia la sombra, y los otros dos siguen detrás.*) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro. Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla.... O si acaso, durante tu vida, acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros: por lo que se dice que voso-

tros, infelices espíritus, después de la muerte vagáis inquietos; decláralo.... Detente y habla.... Marcelo, detente....

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra: los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desaparece con prontitud.)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérole, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó. ⁶³

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente

apremiado con terrible precepto. Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al Dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio, todo extraño espíritu errante por la tierra, ó el mar, el fuego, ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro.)

MARCELO.

En efecto desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de su morada: las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche: porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro zelo y tan propia de nuestra obligacion?

HAMLET.

MARCELO.

Si, sí, hagámoslo. Yo sé en donde le hallaremos esta mañana, con mas seguridad.

SCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES,
VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y
ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el reino solo se observe la imagen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa, á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo: pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra pru-

dencia, que en esta ocasion ha procedido, con absoluta libertad: de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta decirnos, que el jóven Fortinbrás ²⁰, estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion; fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano, con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca y en cuanto al objeto que hoy nos reúne: veisle aquí. Escribo al rey de Noruega, tío del jóven Fortinbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante: pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tñ Voltiman, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno, que exceda los límites expresados en estos articulos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia, el zelo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

SCENA IV.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES,
DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

¿Y tú, Laertes, que solicitas? Me has hablado de una pretension, ¿no me dirás cual sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni que podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. ¿En fin, qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Que dices Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardio consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio; y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo. ⁶⁰

CLAUDIO.

¿Que sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor, estoy demasiado á la luz.

GETRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí señora, á todos es comun.

GETRUDIS.

Pues si lo es, ¿porque aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

¿Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida expresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento; bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir.... Aquí, (*Tocándose el pecho.*) aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable ¹⁰⁰ es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero, no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo, es una conducta de obstinacion impia. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto; que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indocil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevi-

table? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte. Modera, pues, yo te lo ruego, esa inutil tristeza: considera que tienes un padre en mí; puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella; permaneciendo aquí, estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GETRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo, será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y

fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento, no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

SCENA V.

HAMLET *solo.*

HAMLET.

¡Oh! si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse, disuelta en lluvia de lágrimas! ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mío! cuan fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos grosseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto: aun no ha dos meses. Aquel excelente rey, que fué comparado con este, como con un Sátiro, Hiperion: tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿Para que conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes.... ¡ah! no

quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad! ¡tú tienes ⁰²⁰ nombre de muger! En el corto espacio de un mes y aun antes de romper los zapatos ⁰²⁰ con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma. ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes.... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion! ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero, haste pedazos corason mio, que mi lengua debe reprimirse.

SCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno.... ¿Es Horacio? ó me he olvidado de mí propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A que has venido de Witemberga?... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud también. Pero, la verdad, ¿a que has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor.... desos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oír de boca de tu enemigo otro tanto: ni podrías forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desculpado. Pero, dime, ¿que asuntos tienes ^{en} en Elsingór? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda.... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En donde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche. ⁶⁰

HAMLET.

¿Le viste? á quien?

HORACIO.

Al rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso: apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura, semejante á vuestro padre, armada segun él solia de pies á cabeza, se les puso delante: caminando grave, tardo y magestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y cuasi helados con el miedo, permanecieron mudos sin oser hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voime á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora, como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mías.

HAMLET.

¿Y en donde ^{úo} fué eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estabamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¡Ea cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí.... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Sí señor.

HAMLET.

¿Decis que iba armado?

TODOS.

Sí señor, armado.

HAMLET.

HAMLET.

¿De la frente al pie?

TODOS.

Sí señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos, porque traía la visera alzada.

HAMLET.

¿Y qué? ¿parecía que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.

¿Pálido ú encendido?

HORACIO.

No : muy pálido,

HAMLET.

¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente.

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.

Si, es verdad; sí.... ¿y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento, con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Cuando yo le ví, no.

HAMLET.

¿La barba blanca, eh?

HORACIO.

Sí, señor, como yo se la había visto cuando vivia; de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas

me impusiera silencio. Yo os pido á todos que así como hasta ahora habeis callado á los demas lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; y yo sabré remunerar vuestro zelo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es servirlos.

HAMLET.

Si, conservadme vuestro amor y estad seguros del mio. Adios. (*Quítese los tres.*) El espíritu de mi padre.... con armas.... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh! si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

SCENA VII.

Sala de la casa de Polonia.

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipage á bordo. A Dios hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesania : un hervor de la sangre : una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece : hermosa , no durable : perfume de un momento y nada mas.

OFELIA.

¿Nada mas? ⁶⁶⁰

LAERTES.

Pienso que no : porque no solo ⁶⁷⁰ en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo , sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el tiempo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer, al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia y que vive sugeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede como ⁶⁸⁰ una persona vulgar, elegir por sí mismo; puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino : y ve aquí, porque esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así, pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en tí no darle crédito : reflexionando que en el alto lugar que ocupa nada puede cumplir de lo que promete , sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas

principal de Dinamarca. Considera cual pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oídos á su voz lisongera, perdiendo la libertad del corazón ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia, teme querida hermana : no sigas inconsiderada tu inclinación; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta, es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa, y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna : pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud ¹⁰⁹, aun cuando nadie la combate, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores ¹¹⁰ hacen : mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos, pisan ellos la senda florida de los placeres; sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

¡Oh! no lo recedes. Yo me detengo demasiado; pero,

allí viene mi padre: pues la ocasión es favorable me despediré de él otra vez. Su bendición repetida será un nuevo consuelo para mí.

SCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO.

¿Aun estás aquí? ;Que mala vergüenza! á bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á tí solo aguardan. Recibe mi bendición y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques ^o con facilidad lo que pienses, ni egecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oido á todos y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas; pero reserva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso quanto tus facultades lo permitan; pero no afectado en su hechura: rico, no extravagante: porque el traje dice por lo comun quien es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta mate-

ria. Procura no dar ni pedir prestado á nadie : porque el que presta, suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden, que nos es tan útil. Pero, sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas : consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. Adios y él permita que mi bendicion haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(*Se arrodilla y besa la mano á Polonio.*)

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan : vete :

LAERTES.

Adios, Ofelia, (*Abrázanse Ofelia y Laertes.*) y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

Adios.

SCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¿Y que es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo : cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo) debo advertirte : que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mía y á tu propio honor. ¿Que es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

¡Amor! ¡ah! tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia, en circunstancias tan peligrosas. Ternura la llamas! ¿y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á tí propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la ^{ca} comenzada alusión) harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que....

POLONIO.

Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? prosigue.

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decía con los mas sagrados juramentos.

POLONIO.

Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuanta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son ^{ca} relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion

á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un joven, y que si una vez alfoja las riendas pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan; son interesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar, ni mantener conversacion al príncipe. Cuidado con hacerlo así: yó te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

SCENA X.

Esplanada delante del palacio. Noche oscura.

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasia.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Que hora es ya?

HAMLET.

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oído. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasarse. ¿Pero, que significa este ruido, señor?

(*Suena á lo lejos música de clarines y timbales.*)

HAMLET.

Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete, con gran vocería y traspieses de embriaguez: y á cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Sí, se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre, que seguirla. Un exceso tal que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones, desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios: manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los

hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables, (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquiera desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razón, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas: llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste; serán no obstante amancilladas en el concepto público, por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO.

¿Veis? señor, ya viene.

(Aparécese la sombra del rey Hamlet hácia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y despues se encamina hácia ella.)

HAMLET.

¡Ángeles ³⁴⁰ y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya: en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar.... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca.... ¡Oh! respóndeme: no me atormentes con la duda. Díme, ¿porque tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Porque el sepulcro donde te dimos

urna pacífica te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cual puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿Y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitación espantosa con ideas que exceden á los alcances de nuestra razon? Dí, ¿porque es esto? ¿Porqué? ¿ó que debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con que expresivo ademan os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y porque no? ¿Que temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma, ¿que puede él hacerla; siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama.... Voile á seguir.

HORACIO.

Pero, señor, si os arrebatá al mar ^{os} ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impedir el uso de la razon, y enagenarla con frenesí.... ¡Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama.... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.)

MARCELO.

No señor, no ireis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del león de Nemea. Aun me

llama.... Señores, apartad esas manos.... por Dios.... ó quedará muerto á las mias el que me detenga. Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

SCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebató.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detras de él.... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

SCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo lejos del palacio de Elsingór.

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

¿A donde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh! alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadescas: presta solo atentos oídos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

¿Porque?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre : destinada por cierto tiempo á vagar de noche y aprisionada en fuego durante el dia ; hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ; Oh ! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito , pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon : helar tu sangre juvenil : tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas : tus anudados cabellos, separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte : venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

¿Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son ; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas alceve.

HAMLET.

Refiéremelo ⁽²⁸⁾ presto: para que con alas veloces, como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuan dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Letheo, no dejaria de cosmovertete lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy cibe su corona.

HAMLET.

¡Oh! présago me lo decia el corazon. ¡Mi tío!...

LA SOMBRA.

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dídivas.... ¡Oh! talento y dídivas malditas! que tal poder tenéis para seducir!... Supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh Hamlet! cuan grande fue su caída! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro.... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fui aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas

prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero, así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure excitarla bajo divina forma, así la incontinenencia, aunque viviese unida á un angel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardin segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilacion: la cual, de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre, como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra, en ásperas y asquerosas costras. Así fue, que estando durmiendo, perdí á manos de mi hermano mismo, mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida, cuando mi pecado estaba en todo su vigor: sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa: presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto. Pero, de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre.

Abandona este cuidado al cielo : deja que aquellas agudas puntas que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adios. Ya la luciérnaga amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia. Adios. Adios. Acuérdate de mí.

SCENA XIII.

HAMLET, y despues HORACIO y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros egércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quien mas? ¿invocaré al infierno tambien?... ¡Eh! no.... Detente corazon mio, detente, y vos mis nervios no así os debilitéis en un momento : sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré, y yo borraré de mi fantasia todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro.... ¡Oh muger, la mas delincuente! ¡oh malvado! malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene ⁹⁷⁾ que yo apunte en este libro.... (*Saca un libro de memorias y escribe en él.*) Sí.... Que un hombre puede halagar y sonreirse y ser un malvado; á lo menos,

estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y éste es mi tío.... Sí, tú eres.... ; Ah! pero la expresión que debo conservar, es esta: Adios, adios, acuérdate de mí. Yo he jurado acordarme.

HORACIO.

Señor, señor. (*Gritando desde adentro.*)

MARCELO.

Hamlet. (*Gritando desde adentro.*)

HORACIO.

Los cielos le asistan.

HAMLET.

¡Oh! háganlo así.

MARCELO.

¡Hola! Eh! señor.

HAMLET.

¡Hola! amigos, eh! venid, venid acá.

(*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO.

¿Que ha sucedido?

HORACIO.

¿Que noticias nos dais?

HAMLET.

¡Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano.... pero guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca ⁶⁸ un infame.... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero, no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, tenéis razón, y por eso mismo, sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros á donde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven....

que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, á mi triste ejercicio. A rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y orden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas; si por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por San Patricio ^{OO}, que sí la hay y muy grande, Horacio.... En cuanto á la aparicion.... Es un difunto venerable.... Sí, yo os lo aseguro.... Pero, reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor, decid cual sea.

HAMLET.

Que nunca revelareis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Peró es menester que lo juréis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Veid que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada. ⁹⁰⁰

LA SOMBRERA.

Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situación, según lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡Ah! ¿eso ⁹⁰⁰ dices?... ¿Estas ahí hombre de bien?... Vamos: ya le oís hablar en lo profundo. ¿Queréis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores acercaos aqui : poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella, que nunca direis nada de esto que habeis oído y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho.... Pero ¿ como puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

¡ Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, que extraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un ⁰⁰ extraño debéis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid

acá y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por mas ^{ún} singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso jugaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante) nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como : sí, sí, nosotros sabemos : nosotros pudiéramos, si quisiéramos.... si gustáramos de hablar, hay tanto que decir en eso : pudiera ser que.... ó en fin, cualquiera otra expresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo : así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego.... La naturaleza está en desorden.... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO II.

SCENA I. ⁴⁰

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REYNALDO.

POLONIO.

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

(Le da un bolsillo y unas cartas.)

REYNALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Seria un admirable golpe ⁶⁰ de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REYNALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar que dinamarqueses hay en París, y como, en que términos, con quien, y en donde están, á quien tratan, que gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas, que conocen á mi hijo, entonces ve en derechura á tu objeto: encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco.... ¿Lo has entendido?

REYNALDO.

Sí señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco; pero.... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo á fé que es bien calavera: inclinado á tal ó tal vicio.... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REYNALDO.

Como el jugar, eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear... Hasta esto bien puedes alargarte.

REYNALDO.

Y aun con eso hay barto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto : además que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un joven abandonado enteramente á la disolucion : no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sugesion y no otra cosa : extravios de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REYNALDO.

Pero, señor....

POLONIO.

¡Ah! tú querrás saber con que fin debes hacer esto, ¿ eh ?

REYNALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues, señor, mi fin es este ; y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa) ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas,

no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo : señor mio, ó amigo, ó caballero.... En fin, segun el titulo ó dictado de la persona ó del pais.

REYNALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice.... ^{es} dice.... ¿ Que iba yo á decir ahora ?... algo iba yo á decir. ¿ En que estabamos ?

REYNALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero.

POLONIO.

Si concluirá diciendo. Es verdad.... (así te dirá precisamente) Es verdad, yo conozco á ese mozo : ayer le ví ó cualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sageto, y allí como habeis dicho, le ví que jugaba, allí le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota y.... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet* en un burdel, ó cosa tal. Lo entiendes ahora ? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad : que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia, solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo; segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿ Me has entendido ?

REYNALDO.

Sí, señor, quedo enterado.

HAMLET.

POLONIO.

Pues, adios : buen viaje.

REYNALDO.

Señor....

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REYNALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REYNALDO.

Está bien , señor.

POLONIO.

Adios.

SCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia , ¿ que hay de nuevo ?

OFELIA.

¡ Ay , señor , que he tenido un susto muy grande !

POLONIO.

¿Con que motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo ⁶³ labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror.... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda, por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y que te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano, y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, así, la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion cómo si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato; hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo, y

dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino : salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella, fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo : quiero ver al rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor que siempre fatal á sí mismo, en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero, dime, le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor : solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasión. Yo temí que era solo un artificio suyo para perderte.... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! tan ⁹⁰ propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

SCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, RICARDO, GUILLERMO,
ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido ⁶⁰, Guillermo, y tú también querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la transformacion de Hamlet. Así puedo llamarla: puesto que ni en lo interior, ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar que otra causa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cual sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola, procuremos su alivio.

GETRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores,

y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad que gustéis de pasar con nosotros algun tiempo, para contribuir al logro de mi esperanza; vuestra asistencia será remunerada, como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

Vuestras Magestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies con el mas puro afecto, el zelo de servirlos que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GETRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veáis cuanto antes á mi doliente hijo. (*A los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros, á donde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos, puedan serle agradables y útiles.

GETRUDIS.

Si; amen.

SCENA IV.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores ⁹³ enviados á Noruega, han vuelto ya, en extremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazón no tienen otro objeto que el servicio de Dios, y el de mi rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos; pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festín.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos.

(*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Getrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GETRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor, que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

SCENA V.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN,
CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿que respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos, mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el Polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes

á Fortinbrás : que sometién dose prontamente á las reprehensiones del tío, le ha jurado por último, que nunca mas tomará las armas contra vuestra Magestad. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. Á este fin os ruega, concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa : bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí.

(*Saca unos papeles y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.

Está bien : leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. Á la noche seréis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

SCENA VI.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano ⁸⁰ y vos, señora : explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porqué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo ; seria gastar inutilmente el dia, la noche y el tiempo. Así, pues, co-

mo ^o quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perfrasis.... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque (si en rigor se examina) ¿que otra cosa es la locura, sino estar uno enteramente loco? Pero, dejando esto aparte....

GETRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima y es lástima que sea cierto; pero, degemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Conven-gamos, pues, en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto: porque este efecto defectuoso, nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hi-ja.... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumisión.... notad lo que os digo.... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora, resumid los hechos y sacareis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma: á la sin par Ofelia....* Esta es una alta frase.... una falta de frase, sin par!.... Es una falta de frase, pero, oid lo de-mas. *Estas letras, destinadas á que su blanco y her-moso pecho las guarde: estas....*

GETRAUDIS.

¿Y esa carta se la enviado Hamlet?

POLONIO.

¡ Bueno por cierto ! Esperad un poco , seré muy fiel.

*Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudas de mi amor las ansias.*

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero, cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Adios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista. Hamlet. Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del príncipe: según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

¿Y ella como ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En que opinion me tenis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veráz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero, ¿que hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor.... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido.... ¿que hubiera pensado de mí vuestra Magestad y la Reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? Sí, haciéndome violencia á mí propio, hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Que hubierais pensado de mí? No, señor: yo he ido en derechura al asunto, y la díge á la niña, ni mas ni menos. Hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y despues, la mandé que se encerrase en su estancia sin admitir recados, ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdichado, comenzó á padecer melancolias, despues inapetencia, despues vigiliias, despues debilidad, despues aturdimiento, y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Crecis, señora, que esto haya pasado así?

GETRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez.... tendria gusto de saberlo....

que yo haya dicho positivamente: esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues, separadme esta de este, (*Señalando la cabeza y el cuello.*) si otra cosa hubiere en el asunto....; Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte; aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.

¿Y como te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabéis que el príncipe suele pasarse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GETRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.

Pues, cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detras de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

HAMLET.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GETRUDIS.

Pero, ¿veis? ⁰¹⁰ ¡que lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar, si me dais licencia.

SCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

¿Como os va, mi buen señor?

(Hamlet sale leyendo en un libro.)

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conocéis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

¿Yo? no señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Si señor, que lo digo. El ser honrado, según va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra ¹¹⁰ gusanos en un perro muerto, y aunque es un Dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Si señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo; pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

¿Pero que queréis decir con eso? Siempre está pensando

en mi hija. No obstante, al principio no me conoció.... Dice que vendo peces.... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo también, siendo mozo, me vi muy trastornado por el amor.... Cuasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Que estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLOONIO.

¿Y de que se trata?

HAMLET.

¿Entre quien?

POLOONIO.

Digo, que de que trata el libro que leéis?

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice ⁽³²⁾ el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ambar abundante y goma de ciruela : que padecen gran debilidad de piernas, y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo; con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos: porque al fin, vos seriais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hácia atras como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

¿A donde? á la sepultura?

POLONIO.

Cierto, que allí no da el aire. ¡Con que agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razon y salud, tal vez no se logran. Voile á dejar y disponer al instante el careo entre él, y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya....

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda; exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.

Adios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO.

Si buscáis al príncipe, vedle ahí. (*Dirá esto á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se va.*)

SCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos días, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á vuestra Alteza.

RICARDO.

Mi venerado príncipe.

HAMLET.

¡Oh! buenos amigos. ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿que se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso ⁰¹⁹ estareis colocados hácia su cintura : allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues, allí en lo mas oculto.... ¡ Ah! decís bien, ella es una prostituta.... ¿ Que hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el día del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas.... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿ Porque delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte, á vivir en prision?

GUILLERMO.

¿ En prision decís?

HAMLET.

Sí, Dinamarca es una carcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande : con muchas guardas, encierros y calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo , porque nada hay bueno ni malo , sino en fuerza de nuestra fantasia. Para mí es una verdadera carcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal : la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh Dios mio! yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez , y creerme soberano de un estado inmenso.... pero, estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita, no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño, en sí, no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente : y yo considero la ambicion por tan ligera y vana , que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta, que los mendigos son cuerpos y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos...

Íremos un rato á la corte, señores; porque, á la verdad, no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero, decidme por nuestra amistad antigua, ¿que hacéis en Elsingór?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza.... bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. Y ¿quien os ha hecho venir? es libre esta visita? me la hacéis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza: vaya, decidmelo.

GUILLERMO.

¿Y que os hemos de decir, señor?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envian, sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé

que el bueno del rey, y tambien la reina os han mandado que vengaís.

RICARDO.

¿Pero á que fin?

HAMLET.

Eso es lo que debéis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto; por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO.

¿Que dices tú? (*Mirando á Guillermo.*)

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.

Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo: así me anticiparé á vuestra propia confesion; sin que la fidelidad que debéis al rey y á la reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril; ese

dosel magnífico de los ciclos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre magestosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Que admirable fábrica es la del hombre! que noble su razón! que infinitas sus facultades! que expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! que semejante á un ángel en sus acciones! y en su espíritu, que semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿que juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita.... ni menos la muger,... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

¿Pues porque te reias, cuando digo que no me deleita el hombre?

RICARDO.

Me rei al considerar, puesto que los hombres no se deleitan, que comidas de cuaresma dareis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido: su magestad

recibirá mis obsequios como es de razon : el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel : el enamorado no aspirará de valde : el que hace de loco acabará su papel en paz : el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasión ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y que cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y porque andan vagando así? ¿No les seria mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los ^{los} últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en que consiste? ¿se han echado á perder?

RICARDO.

No señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cria de ^{los} chiquillos, vengajos chillones, que gritando en la declamacion fuera; de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversion del dia, y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman) que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Con que son muchachos? y quien los sostiene? que sueldo les dan? ¿Abandonarán el egercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosimil que suceda si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar despues?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh! si lo es: como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

¿Y qué, los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules, con maza y todo.

HAMLET.

No es extraño. Ya veis mi tío, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingér: acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero, permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos, en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros.

Bien venidos.... Pero, mi tío padre, y mi madre tía, á fé á fé que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En que, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sud, distingo muy bien un huevo de una castaña.

SCENA IX.

POLONIO Y DICHO.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú tambien.... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vegestorio que acaba de entrar? pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habré vuelto á ellas: porque, segun se dice, la vez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened

cuidado.... Pues, señor, tú tienes razon : eso fue el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma....

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

¡Tuh! tuh! tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET.

Cada actor viene calabero en burro.

(*Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco despues.*)

POLONIO.

Estos son los mas excelentes actores del mundo, así en la tragedia ⁽¹⁾ como en la comedia, historia ó pastoral : en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico, histórico-pastoral, scena ⁽²⁾ indivisible,

poema ilimitado.... ¡Qué! para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡Oh! Jephthé, juez de Israel!...

¡Que tesoro poseístes!

POLONIO.

¿Y que tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

¿Que tesoro?

No mas que una hermosa hija
A quien amaba en extremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿No tengo razon, anciano Jephthé?

POLONIO.

Señor, si me llamas Jephthé, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET.

¡Oh? no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

¿Pues que sigue, señor?

HAMLET.

Esto.

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino;

Y luego, ya sabes:

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera ¹¹⁰ línea de aquella devota canción, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? ahí vienen otros á hablar por mí.

SCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLEMO, POLONIO Y
CUATRO COMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores: me alegro de vernos á todos tan buenos. Bien venidos... ¡Oh! oh! camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí tambien? Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita: por la Virgen, que ya está vuesaaced una cuarta mas cerca del cielo, desde que no la he visto. Dios ¹¹⁰ quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al ochar-

la en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero, amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasage afectuoso.

COMICO 1°.

¿Y cual queréis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oido en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas.... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud: no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros, cuyo dictámen vale mas que el mio, una excelente pieza: bien dispuesta la fábula y escrita con elegancia y decoro. No faltó, sin embargo, quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relacion que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Priamo. Si la tienes en la memoria.... empieza por aquel verso.... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro hará como la Hyrcana tigre....

(Todos los versos de esta scena los dicen con declamacion trágica.)

No es este, pero empieza con, Pirro.... ¡ahl...!

Pirro ⁰⁰⁰ feró, con pavonadas armas,
 Negras como su intento, reclinado
 Dentro en los senos del caballo enorme,
 A la lóbrega noche parecía.
 Ya su terrible, anegrecido aspecto
 Mayor espanto da. Todo le tinte
 De la cabeza al pie caliente sangre
 De ancianos y maestras, de robustos
 Mancoes y de virgenes, que abraza
 El fuego de inflamados edificios
 En confuso monton: á cuya horrenda
 Luz que despiden, el caudillo insano
 Muerte y estrago espares. Ardiendo en ira,
 Cubierto de coajada sangre, vuelve
 Los ojos, al carbenclo semejantes,
 Y busca, instado de infernal vengansa,
 Al viejo abuelo Priamo...

Prosigue tú.

POLONIO.

Muy bien declamado, á fe mia! con buen acento y bella expresion.

COMICO 1.º.

Al momento

Le va lidiando, resistencia breve!
 Contra los Griegos: su temida espada
 Rebelde al brazo ya, le pesa inutil.
 Pirro, de furias lleno, le provoca
 A liza desigual: herirle intenta,
 Y el aire solo del funesto acero
 Postra al débil anciano. Y cual si fuese

A tanto golpe el Ilion sensible,
 Al suelo desplomó sus techos altos,
 Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
 Pirro.... ¿Le veis? la espada que venia
 A herir del Teucro la nevada frente
 Se detiene en los aires, y él inmóvil,
 Absorto y mudo y sin acción su enojo,
 La imagen de un tirano representa
 Que figuró el pincel. Mas como suele
 Tal vez el cielo en tempestad obscura
 Parar su movimiento, de los aires
 El ímpetu cesar, y en silenciosa
 Quietud de muerte reposar el orbe;
 Hasta que el trueno, con horror zumbando,
 Rompe la alta region; así un instante
 Suspensa fue la colera de Pirro,
 Y así, dispuesto á la venganza, el duro
 Combate renovó. No mas tremendo
 Golpe en las armas de Marte eternas
 Dieron jamás los Ciclopes testados,
 Que sobre el triste anciano la cuchilla
 Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
 ¡Oh! fortuna falaz!... Vos, poderosos
 Dioses, quitadle su dominio injusto:
 Romped los rayos de su rueda y calzas,
 Y el eje circular desde el Olimpo
 Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este

solo gusta de ver bailar ó de oír cuentos de alcahuetas, ó sino se duerme. Prosigue con aquello de Hecuba.

COMICO 1.º.

Pero quien viere, ¡oh! vista dolorosa!
La mal ceñida reina....

HAMLET.

¡La mal ceñida reina!

POLONIO.

Eso es bueno : mal ceñida reina : ¡bueno!

COMICO 1.º.

Pero quien viere, ¡oh! vista dolorosa!
La mal ceñida reina, el pie desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Extinguir con sus lágrimas el fuego....
En vez de vestidura resagante
Cubierto el seno, harto fecundo un día,
Con las ropas del lincho arrabataadas,
(Ni á mas le dió lugar el casto horrible)
Resagado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta....
¡Ay! quien la viere, á los supremos hados
Con lengua venenosa escarparia.
Los Dioses mismos, si á piedad los mueve
El linage mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Fierro
Halló esparciendo en trozos con su espada,
Del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y exclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura

*Las deidades de Olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer un lloro.*

POLONIO.

Ved como muda de color y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya: presto me dirás lo que faltá. Señor mio, es menester hacer que estos cómicos se establezcan: ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son, sin duda, el epitome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¡Que cabeza esta! No señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quien escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza, y á tu propio honor: cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí

tú, amigo : dime ¿ no podierais representar *la Muerte de Gonzago*?

COMICO 1.º.

Sí señor.

HAMLET.

Pues mañana ó la noche quiero que se haga. ¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

COMICO 1.º.

Sí señor.

HAMLET.

Muy bien : pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

SCENA XI.

HAMLET *solo.*

HAMLET.

Ya estoy solo. ¡Que abatido! que insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro en la declamacion: vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hé-cuba. Y ¿quien es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¿que no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo? Ibaudaria el teatro con llanto: su terrible acento conturbaria á cuantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprehenderia con asombro la facultad de los ojos y los oidos. Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido: sueño adormetido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! ¿Qué? nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito, para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quien se ^{oso} atreve á llamarme villano? ó á insultarme en mi presencia? arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz ó hacerme tragar legia que me lle-gue al pulmon? ¿Quien se atreve á tanto? ¿Seria yo ca-

paz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles ; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milancos del aire en los despojos de aquel indigno. Deshonesto , homicida , pérfido seductor , feroz malvado , que vive sin remordimientos de su culpa. Pero , ¿ porque he de ser tan necio ? ¿ Será generoso proceder el mio , que yo , hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza) afeminado y débil desahogue con palabras el corazón , prorumpa en execraciones vanas , como una prostituta ²²⁹ vil , ó un pilla de cocina ? ¡ Ah ! no , ni aun solo imaginarlo . ¡ Eh ! ... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados , han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro , que á vista de todos han publicado sus delitos : que la culpa aunque sin lengua siempre se manifestará por medios maravillosos . Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasage que tenga semejanza con la muerte de mi padre . Yo le heriré en lo mas vivo del corazón ; observaré sus miradas : si muda ²³⁰ de color , si se estremece , ya sé lo que me toca hacer . La aparicion que ví pudiera ser un espíritu del infierno . Al demonio no le es difícil presentarse bajo la mas agradable forma : sí , y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginacion perturbada , valiéndose de mi propia debilidad y melancolia , me engaña para perderme . Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas , y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey .

ACTO III.

SCENA I.

Galeria de palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO,
GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no es fue posible indagar en la conversación que con él tuvistis, de que nace aquel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud, con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

Él mismo reconoce los extravíos de su razón; pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposición de ser examinado, porque siempre huye de la cuestión, con un rasgo de locura;

cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GETRUDIS.

¿Fuisteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

GUILLELMO.

Pero se le conocia una cierta sagacidad.

RICARDO.

Preguntó poco; pero respondia á todo con prontitud.

GETRUDIS.

¿Le habeis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

Si señora, porque casualmente habiamos encontrado una compaña de cómicos en el camino: se lo digimos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á vuestras Magestades que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO.

Con mucho gusto: me complace en extremo saber que

tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Así lo haremos.

SCENA II.

CLAUDIO, GETRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

Tú, mi amada Getrudia, deberás tambien retirarte: porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre ^{es} y yo, testigos los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del príncipe, conoceremos si es pasión de amor el mal de que adolece.

GETRUDIS.

Voy á obedeceros, y por mi parte, Ofelia, ¡oh! cuanto desearia que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la demencia de Hamlet! Entonces yo deberia esperar que tus prendas amables pudieran, para vuestra mutua felicidad, restituirle su salud perdida.

OFELIA.

Yo, señora, tambien quisiera que fuese así.

SCENA III.

CLAUDIO, POLOXIO, OFELIA.

POLOXIO.

Pásate por aquí, Ofelia. Si vuestra Magestad gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro: (*Disimulada un libro.*) esta ocupacion disculpará la soledad del sitio.... Materia es, por cierto, en que tenemos mucho de que acusarnos! ; Cuantas veces con el semblante de la devocion y la apariencia de acciones piadosas, engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.

Demasiado cierto es.... [*Aparte.* ; Que cruelmente ha herido esa reflexion mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es mas feo despojado de los aceites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh! que pesada carga me oprime!]

POLOXIO.

Ya le siento llegar; señor, conviene retirarnos.

SCENA IV.

HAMLET, OFELIA.

(*Hamlet dirá este monólogo creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro, lee.*)

HAMLET.

Existir ^{ou} ó no existir : esta es la cuestion. ¿Cual es mas digna accion del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No mas? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número: patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberiamos solicitar con ánsia, Morir es dormir.... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo: porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga, ¿Quien, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelias que recibe pácífico el mérito, de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios? Cuando el que esto sufre, pudiera procurar su

quietud con solo un puñal. ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta? sino fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento. Esta prevision nos hace á todos cobardes; así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan y se reducen á designios vanos. Pero.... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Como os habeis sentido, señor, en todos estos días?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras, que deseo restituirlos mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo ⁵⁹ nunca te di nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad.... Y con ellas

me disteis palabras, de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas: que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí. (*Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.*)

HAMLET.

¡Oh! oh! ¿Eres honesta?

OPELIA.

Señor....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OPELIA.

¿Que pretendéis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OPELIA.

¿Puede, acaso, tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada.... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dábais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creído : porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemado original.... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

HAMLET.

Mira, vete á un convento : ¿ para que te has de exponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso; con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecución. ¿ A que fin los miserables como yo han de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados : no creas á ninguno de nosotros, vete , vete á un convento.... ¿ En donde está tu padre?

OFELIA.

En casa está, señor.

HAMLET.

Sí, pues que cierren bien todas las puertas, para que si

quiere hacer locuras, las haga dentro de su casa. Adios.
(*Hace que se va, y vuelve.*)

OPHELIA.

¡Oh! mi buen Dios! favorecedle.

HAMLET.

Si te casas quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve; no podras librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adios. Pero.... escucha: si tienes necesidad de casarte, cástate con un tonto: porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras.... Al convento y pronto. Adios. (*Hace que se va, y vuelve.*)

OPHELIA.

¡El cielo, con su poder, le alivie!

HAMLET.

He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelezcos. La naturaleza es dió una cara y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar anfiado, pasais por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero, no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon.... Digo solo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos: los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros.... Vete al convento, vete.

SCENA V.

OFELIA *sola*.

OFELIA.

¡Oh! que trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza, que estudiaban los mas advertidos: todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mugeres, que gusté algun día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiede. Aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh! cuanta, cuanta es mi desdicha! de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo.

SCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

¡Amor! ¡Qué! no van por ese camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de orden, hay nada

que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolia, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra, á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasion que le ocupa, sea la que fuere : sobre la cual su imaginacion sin cesar golpea. ¿Que te parece?

POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para que nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oído.

SCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, seria bien que la reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas : hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitis, me pondré en parage de donde pueda oir toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, en-

viadle á Inglaterra, ó desterradle á donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

SCENA VIII.

Salon de palacio.

(El salon estará iluminado : habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta, con pavellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.)

HAMLET y DOS COMICOS.

HAMLET.

Dirás ⁶⁰ este pasage en la forma que te le he declamado yo : con soltura de lengua, no con vos desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; mas valdria entonces dar mis versos al pregonero para que los digese. Ni manotees así, acuchillando el aire : moderacion en todo; puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el uracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresion.

A mí me desazona en extremo ver á un hombre, muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere expresar, y rompe y desgarrá los oídos del vulgo rudo : que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar á un enérgumeno de tal especie : Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

COMICO 1º.

Así es lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio : tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion : cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora, ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imagen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon : cuya censura debe ser para vosotros de mas peso, que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo, por no decir con escándalo; los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres : que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino

unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz. Tan inicuasmente imitaban la naturaleza.

COMICO 1.º.

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que hacen ^{de} payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

SCENA IX.

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

¿Y bien, Polonio, gustará el rey de oír esta pieza?

POLONIO.

Sí, señor, al instante, y la reina tambien.

HAMLET.

Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.

Con mucho gusto.

SCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

¿Quién es?... ¡ah! Horacio.

HORACIO.

Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.

¡Oh! señor....

HAMLET.

No creas que pretendo adularte : ¿ ni que utilidades puedo yo esperar de tí? que exceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirti. ¿ Habrá quien adule al pobre? no.... Los que tienen almivarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y

doblen los goznes de sus rodillas, donde la lisonja encuentre galardón. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló espaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos; tú fuiste el escogido y marcado para ella: porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta, dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón: sí, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero, yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del rey: una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente, observes á mi tío con la mas viva atención del alma: si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente: yo tambien fijaré mi vista en su rostro, y despues uniremos nuestras observaciones, para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO.

Está bien, señor, y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

Ya vienen á la funcion : vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

SCENA XI.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO,
OFELIA, RICARDO, GUILLERMO, y ACOMPAÑA-
MIENTO DE DAMAS, CABALLEROS, PAGES y
GUARDIAS. SUENA MARCHA DANICA.

CLAUDIO.

¿ Como estás, mi querido Hamlet?

HAMLET.

Muy bueno, señor, me mantengo del aire como el camaleon : engordo con esperanzas. No podreis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprehendo esa respuesta, Hamlet : ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿ No dices tú que una vez representaste en la Universidad? ¿ eh ?

POLONIO.

Sí señor, así es, y fui reputado por muy buen actor.

HAMLET.

HAMLET.

¿Y que hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio Cesar. Bruto me asesinaba en el capitolio.

HAMLET.

Muy bruto ⁹⁹ fue el que cometió en el capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Sí señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GETRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Getrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su orden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo, á los pies de Ofelia.)

HAMLET.

No, señora, aquí hay un imán de mas atraccion para mí.

POLONIO.

¿Ah! ah! habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Si señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

Que dulce cosa es....⁰⁷

OFELIA.

¿Que decis, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quien, yo?

OFELIA.

Si señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertirlos. Y, bien mirado, ¿que debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre que contenta está y mi padre murió ayer.

OPHELIA.

¡Eh! no señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto ha? ¡Oh! pues quiero vestirme todo de arminios y llévase el diablo el luto. ¡Dios mio! ¿dos meses ha que murió y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva, quizás, medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que sino, por la Virgen santa, no habrá nadie que de él se acuerde: como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio.

Ya murió el caballito de palo

Y ya le olvidaron así que murió.

(Suenan ⁽¹⁾ trompetas, y se dá principio á la escena muda. Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos 1.^o y 2.^o); al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente: ella se arrodilla, mostrando el mayor respeto, él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico 3.^o (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque) se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oído una porción de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor: manda reti-

rar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas : ella resiste un poco y le desdénia ; pero al fin admite su amor. Vanse.)

OFELIA.

¿Que significa esto, señor?

HAMLET.

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA.

Segun parece, la scena muda contiene el argumento del drama.

SCENA XII.

CÓMICO 4.^o Y DICHIOS.

HAMLET.

Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor : los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Nos dirá este lo que significa la scena que hemos visto?

HAMLET.

Sí, por cierto, y cualquiera otra scena que le hagais ver. Como no os avergonceis de representármela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

HAMLET.

OFELIA.

¡Que malo! ¡Que malo sois! Pero, dejadme atender á la pieza.

COMICO 4°.

Humildemente os pedimos
Que escuchéis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

¿Es esto prólogo, ó mote de sortija?

OFELIA.

¡Que corto ha sido!

HAMLET.

Como cariño de muger.

SCENA XIII.

COMICO 1°, COMICO 2°, Y DICHO.

COMICO 1°.

Ya treinta ⁶⁰ vueltas dió de Fecho al carro
A las ondas saladas de Nerco
Y al globo de la tierra, y treinta veces
Con las prestada han alumbrado al suelo
Doce lunas, en giros repetidos, * *

Después que el Dios de amor y el Himeneo
Nos enlazaron, para dicha nuestros,
En nudo santo el corazón y el cuello.

COMICO 2°.

Y, ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros
A la luna y al sol, señor, contemos
Antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
Delizante, triste, y tan diverso ahora
De aquel que fuisteis.... Tímida recelo....
Mas toda mi afición nada os conturbe:
Que en pecho femenino llega al exceso
El temor y el amor. Allí residen
En igual proporción ambos afectos,
O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquel con el mayor extremo.
Cuan grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivo tal vez, vive temiendo;
La que al veros así toda es temores,
Muy puro amor abrigaré en el pecho.

COMICO 1°.

Si, yo debo dejarte, amada mía,
Inevitable es ya: cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del choaquin
Y el amor de la tierra. Acaso entonces
Un digno esposo....

COMICO 2°.

No, dad el silencio
Esos anuncios. ¿Yo? puesto serian

HAMLET.

Traición culpable en mí tales afectos ?
 ¿ Yo un nuevo esposo ? No, la que se entrega
 Al segundo, señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de agenhjos.

COMICO 2.^o.

Motivos de interés tal vez inducen
 A renovar los nudos de Himeneo ;
 No motivos de amor : yo causaría
 Segunda muerte á mi difunto dueño,
 Cuando del nuevo esposo recibiera
 En tilamo nupcial amantes besos.

COMICO 1.^o.

No dudaré que el corazón te dicta
 Lo que aseguras hoy : fácil creemos
 Cumplir lo prometido y fielmente
 Se quebranta y se olvida. Los deseos
 Del hombre á la memoria están sumisos,
 Que nace activa y desfallece presta.
 Así pende ⁽¹⁰⁾ del ramo acerbo el fruto,
 Y así maduro, sin impulso ajeno,
 Se desprende despos. Dificilmente
 Nos acordamos de llevar á efecto
 Promesas hechas á nosotros mismos,
 Que al cesar la pasión cesa el empeño.
 Cuando de la aflicción y la alegría
 Se moderan los ímpetus violentos,
 Con ellos se disipan las ideas
 A que dieron lugar, y el mas ligero
 Acaso, los placeres en efanes
 Muda tal vez, y en rías los lamentos.
 Amor, como la suerte, es inconstante :

Que en este mundo al fin nada hay eterno,
 Y aun se ignora si él manda á la fortuna
 O si esta del amor cede al imperio.
 Si el poderoso del lugar sublime
 Se precipita, le abandonan luego
 Cuantos gozaron su favor: si el pobre
 Sube á prosperidad, los que le fueron
 Mas enemigos su amistad procuran
 (Y el amor sigue á la fortuna en esto)
 Que nunca al venturoso amigos faltan,
 Ni al pobre desengañan y desprecian.
 Por diferente senda se encaminan
 Los destinos del hombre y sus afectos,
 Y solo en él la voluntad es libre;
 Mas no la ejecución, y así el suceso
 Nuestros designios todos derranca.
 Tú me prometes no rendir á nuevo
 Yugo tu libertad.... Esa idea,
 ¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

COMICO 2.^o.

Luzes me niegues el sol, frutos la tierra,
 Sin descanso y placer viva tunicando,
 Desesperada y en prision obscura
 Su mesa envidie al heremita austero:
 Cuantas penas el ánimo entristecen,
 Todas turben el fin de mis deseos
 Y los destruyan, ni quietud encuentren
 En parte alguna con afán eterno;
 Si ya difunto mi primer esposo,
 Segundas bodas páfida celebre.

HAMLET.

Si ella no cumpliera lo que promete....

COMICO 1.º

Mucho jurasta. Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud, rendido aiento
Al cansancio mi espíritu. Permíte
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.

(*Se acuesta en un lecho de flores.*)

COMICO 2.º

Él te halagaba
Con tranquilo descanso, y nunca el cielo
En union tan feliz pesares mezcló. (*Pase.*)

HAMLET.

¿Y bien, señora, que tal os va pareciendo la pieza?

GETRUDIS.

Me parece que esa muger promete demasiado.

HAMLET.

Si, pero lo cumpliré.

CLAUDIO.

¿Te has ¹¹⁹ enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.

No señor, no. Si todo ello es mera ficcion: un veneno.. fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! no señor.

CLAUDIO.

¿Como se intitula este drama?

HAMLET.

La Ratonera. Cierto que sí.... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago y su muger Baptista.... Ya, ya vereis presto.... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y que importa? A vuestra magestad y á mí, que no tenemos culpado el ~~castigo~~ castigo, no nos puede incomodar: al rocin ⁽¹²⁾ que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero, á bien que nosotros no tenemos deshollado el lomo.

SCENA XIV.

COMICO 3°. Y DICHO.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.

Vos suplis perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA.

¡Yaya, que tenéis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es : siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la eleccion de maridos : de mal en peor. Empieza asesino.... Déjate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos.... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO 3°.

Negros desiguos, brazo ya dispuesto
 A ejecutarlos, téngelo oportuno,
 Sitio ramoto, favorable el tiempo
 Y nadie que lo observe, Tú, extraído
 De la profunda noche en el silencio
 Atroz veneno, de mortales yerbas
 (Invocada Proserpina) compuesto:
 Infectadas tres veces y otras tantas
 Exprimidas despues, sirve á mi intento;
 Puts á tu actividad mágica, horrible,
 La robustez vital cede tan presto.

(*Acércase adonde está durmiendo el cómico 1°.
 destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor
 en el oido.*)

HAMLET.

¿Veis? ahora le envenena en el jardín, para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago.... es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto vereis como la muger de Gonzago se enamora del matador.

(*Levántase Claudio, lleno de indignacion. Getrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.*)

OPELIA.

El rey se levanta.

HAMLET.

¿Qué? ¿le atemoriza un fuego aparente?

GETRUDIS.

¿Que teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

SCENA XV.

HAMLET, HORACIO, COMICO 1°, COMICO 5°.

HAMLET.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen despues. Los cómicos 1° y 5° estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora
 Y el corso no tocado
 De flecha voladora,
 Se huelga por el prado:
 Duermo aquel, y á deshora
 Veis este desvelado:
 Que tanto el mundo va desordenado. (12)

Y dígame, señor mió: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

¿Mediano? excelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nación ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un.... ¿quien diré yo? un.... un sepo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

¡Oh! mi buen Horacio: cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

¡Ah! Quisiera algo de música: (*A los cómicos.*) traedme unas flautas.... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque.... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

SCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLELMO.

GUILLELMO.

Señor, permitiréis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

GUILLELMO.

El rey....

HAMLET.

Muy bien, ¿ que le sucede ?

GUILLELMO.

Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

¿ De vino, eh ?

GUILLELMO.

No señor, de cólera.

HAMLET.

Pero, ¿ no sería mas acertado irselo á contar al médico ?
¿ No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente ?

GUILLELMO.

¡ Oh! señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin de-

sentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue, pues.

GUILLERMO.

La reina vuestra madre, llena de la mayor aflicción, me envía á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si queréis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la reina; sino, con pediros perdon y retirarme, se acabó todo.

HAMLET.

Pues, señor, no puedo.

GUILLERMO.

¿Como?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata y mi razon está un poco achacosa : no obstante, responderé del modo que pueda á quanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre....

RICARDO.

Señor, lo que dice es : que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiración.

HAMLET.

HAMLET.

¡Oh! maravilloso hijo! que así ha podido aturdir á su madre. Pero, dime, ¿esa admiracion no ha traido otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que deses hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces ⁰⁴⁰ fuera mi madre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero, ¿cual puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad: no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentis.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

¿Como es posible? Cuando teneis el voto del rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Si, pero mientras nace la yerba.... Ya es un poco antiguo el tal refran. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

SCENA XVII.

COMICO 3º Y DICHSOS.

HAMLET.

Dejadme ver una.... ¿A que tengo de ir ahí? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me dá esadia; acaso el amor que os tengo, me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero, si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demas dedos segun convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás que lindo sonido resulta. ¿ Ves ? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan harmonia. Como ignoro el arte.

HAMLET.

Pues, mira tú, en que opinion tan baja me tienes. Tú me quieres tocar : presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de harmonia, que tú no puedes hacer sonar. ¿ Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta ? no, dame el nombre del instrumento que quieras : por mas que le maneges y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

SCENA XVIII.

POLONIO Y DICHO.

HAMLET.

¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda : tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver mi madre. Tanto harán estos que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice : al instante viene. Dejadme solo, amigos.

SCENA XIX.

HAMLET *solo*.

HAMLET.

Este es el espacio ⁽¹⁾ de la noche, apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber caliente sangre : ahora podria ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verlas. Pero, vamos á ver á mi madre. ¡Oh corazon! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiera de Neron. Déjame ser ⁽²⁾ cruel; pero no parricida. El puñal que ha de hierirla, esté en mis palabras, no en mi mano : disimulen el corazon y la lengua : sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

SCENA XX.

Gabinete.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

No, no le quiero aquí; ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Prevenidos, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor, es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra Magestad.

RICARDO.

Si es obligacion en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte; ¿cuanto mas lo será conservar aquella, en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo; sino que, á manera de un torrente precipitado, arrebatada consigo cuanto le rodea. Como una gran rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores; que si llega á

caer, no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destroz. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO.

Yo os ruego que os prevengais sin dilacion para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

SCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre: voy á ocultarme detras de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprehenderá fuertemente, y como vos mismo habeis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversacion alguien mas que su madre: que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedaos á Dios: yo volveré á veros antes que os recojais, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

Gracias, querido Polonio.

SCENA XXII.

CLAUDIO *solo*.

CLAUDIO.

¡Oh! ¡mi ⁶⁷⁹ culpa es atroz! su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldición mas terrible: la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro: que es mas fuerte que mi voluntad, el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cual empezaré primero, y no cumplo ninguna.... Pero, si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia, para volverle cándido como la nieve misma? ¿De que sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿que hay en la oración sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirírnos el perdón habiendo caído?... Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa.... Pero, ¿que género de oración habré de usar? Olvida, señor, olvida el horrible homicidio que cometí.... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambición, mi corona, mi esposa.... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia, y corrompe con dádivas

la integridad de las leyes; no así en el cielo: que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas, sin excusa, sin rebozo alguno.... En fin, en fin, ¿que debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento.... y ¿que no podrá?... Pero, ¿que ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh! ¡situacion infeliz! ¡oh! conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh! alma mia, aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Ángeles, asistidme! probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces, y tú corazón mio de aceradas fibras, harte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillón.)

SCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato.... *(Saca la espada: da algunos pasos en ademán de ir á herirle: se detiene, y se retira otra vez hácia la puerta.)* Y así se irá al cielo.... ¿y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi

padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria : ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre, acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores.... ¿quien sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? pero, segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedará vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ú cometa acciones contrarias á su salvacion; hiérele entonces : caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (*Envaína la espada.*) Mi madre me espera. Malvado : esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

SCENA XXIV.

CLAUDIO *solo*.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. (*Se levanta con agitacion.*) Palabras sin afectos, nunca llegan á los oidos de Dios.

SCENA XXV.

Cuarto de la reina.

GETRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza : decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables : que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignacion que excitó. Yo entretanto ⁽¹⁰⁾, retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET.

Madre, madre. (*Gritando desde adentro.*)

GETRUDIS.

Así te lo prometo : nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(*Polonio se oculta detrás de unos tapices.*)

SCENA XXVI.

GETRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.

¿Que me ^{vos} mandais, señora?

GETRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

Madre, muy ofendido teneis al mio.

GETRUDIS.

Ven, ven aquí : tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá.... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GETRUDIS.

¿Que es esto, Hamlet?

HAMLET.

¿Y que es eso, madre?

GETRUDIS.

¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita, que no me olvido. Sois la reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y.... ¡ojalá no fuera así.... ¡Eh! sois mi madre.

GETRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acierto.

HAMLET.

Venid, (*Hamlet, asiendo de un brazo á Getrudis, la hace sentar.*) sentaos y no saldreis de aquí, no os movereis; sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GETRUDIS.

¿Que intentas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quien me socorre?... ¡Cielos! (*Al ver Getrudis la extraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detras de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el vulto que halla, y prosigue hablando con su madre.*)

POLONIO.

Socorro pide.... ¡oh!...

HAMLET.

¿Que es esto?... un raton. Murió.... ^o un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.

¡Ay de mí!

GETRUDIS.

¿Que has hecho?

HAMLET.

Nada.... ¿Que sé yo?... ¿Si seria el rey?

GETRUDIS.

¡Que accion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mia, accion sangrienta y quasi tan horrible como la de matar á un rey y casarse despues con su hermano.

GETRUDIS.

¿Matar á un rey?

HAMLET.

Si señora, eso he dicho. (*Alza el tapis, y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco.... adios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido : vé ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... (*Volviendo á hablar con Getrudis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzais las manos.... sentaos

aquí, y dejad que yo os tuerza el corazón. Así he de hacerlo, si no le tenéis formado de impenetrable pasta: si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GETRUDIS.

¿Que hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresia á la virtud: arrebatá las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vegigatorio en ella: que hace mas péfidos los votos conyugales que las promesas del tabur. Una accion que destruye la buena fé, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras. Una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GETRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y que accion es esa que así exclamas al anunciarla, con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes, en esta y esta pintura, (*Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.*) los retratos de dos herma-

nos. ¡Ved cuanta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos ^{del} del Sol: la frente como la del mismo Júpiter: su vista imperiosa y amenazadora, como la de Marte: su gentileza, semejante á la del mensajero Mercurio, cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas! donde cada uno de los Dioses imprimió su caracter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fue vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo; que como la espiga con tizon, destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa, por el cieno de ese pantano inmundo? ¡Ah! ¿lo veis bien?... Ni podeis llamarlo amor: porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia, y ¿que prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos teneis, que á no ser así no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos obgetos, cuya diferencia es tan visible.... ¿Que espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oídos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido, hubiera bastado á impedir tal estupidez.... ¡Oh! modestia, y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! si así pudiste inflamar las medulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea docil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia,

puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende y es ya el entendimiento el que prostituye al corazón.

GETRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas.... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso! envilecida en corrupción, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!...

GETRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras, como agudos puñales, hieren mis oídos.... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino.... un malvado.... vil.... Inferior mil veces á vuestro difunto esposo.... Escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando: que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GETRUDIS.

No mas....

SCENA XXVII.

GETRUDIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY
HAMLET.

HAMLET.

Un rey de botarga.... ¡Oh! espíritus ^{divinos} celestes, defendedme! cubridme con vuestras alas.... ¿Que quieres, venerada sombra?

GETRUDIS.

¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza, olvida la importante execucion de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor cuasi extinguido. Pero, ¿ves? mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

¿En que pensais, señora?

GETRUDIS.

¡Ay triste! y en que piensas tú que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorporeo.... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos que pendían, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados, á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion, la paciencia fria.... ¿Á quien estás mirando?

HAMLET.

Á él, á él.... ¿Le veis, que pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras... ¡Ay! no me mires así: no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al cgecutarlos equivoque los medicos, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GETRUDIS.

¿Á quien dices eso?

HAMLET.

¿No veis nada allí?

GETRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

¿Ni oisteis nada tampoco?

GETRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

Mirad allí.... ¿le veis?... ahora se va.... Mi padre.... con el traje mismo que se vestia.... ¿Veis por donde va?... Ahora llega al pórtico.

SCENA XXVIII.

GETRUDIS, HAMLET.

GETRUDIS.

Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

¿Desorden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo y anuncia igual salud en sus compases.... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba y vereis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah! madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis solo irritar la parte ulcerada: aumentando la ponzoña pestífera, que interiormente la corrompe.... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro; y no extendais el beneficio sobre las

malas yerbas, para que prosperen loranas. Perdonad este desahogo á mi virtud : ya que en esta delincuente edad, la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio; y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GETRUDIS.

¡Ay! Hamlet, ¡tú despedazas mi corazón!

HAMLET.

¿Si? Pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta, mas inocente. Buenas noches.... Pero, no volvais al lecho de mi tio. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre ⁹⁶, aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demas es un demonio; tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad, con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche : este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga despues la hallareis mas fácil todavia. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras á la bendicion del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion... La desgracia de este hombre (*Hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándolo en el suelo otra vez, vuelve á hablar á Getrudis.*) me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así : á él le ha castigado por mi mano y á mí tambien, precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le con-

duciré á donde convenga y sabré justificar la muerte que le di. Basta. Buenas noches. Porque ^{es} soy piadoso debo ser cruel : ve aquí el primer daño cometido ; pero aun es mayor el que despues ha de egecutarse.... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GETRUDIA.

¿Cual es? ¿que debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el rey, hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiende el pecho con sus malditas manos y os bese con negra boca. Agradecida entonces, declaradle cuanto hay en el caso : decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio.... Sí, decidsele : porque ¿como es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel ^{es} gato viejo, morcié-lago, aspo torpísimo? ¿Como seria posible callárselo? Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen, y semejante al mono, (tan amigo de hacer experiencias) meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GETRUDIA.

No, no lo temas : que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida ; no hay vida ni aliento en mí, para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis que debo ir á Inglaterra?

GETRUDIS.

¡Ah! ya lo habia olvidado. Si, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscipulos (de quienes yo me fiaré, como de una viva-
ra ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, faci-
litarne la marcha, y conducirme al precipicio. Pero, yo
los dejaré hacer: que es mucho gusto ver volar al minador
con su propio hornillo, y mal irán las cosas, ó yo exca-
varé una vara no mas debajo de sus minas, y les haré sal-
tar hasta la luna. ¡Oh! es mucho gusto, cuando un pícaro
tropieza con quien se las entienda!... Este hombre me hace
ahora su ganapan.... (*Quiere llevar á cuentas el cada-
ver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de
un pie, y se le lleva arrastrando.*) le llevaré arrastran-
do á la pieza inmediata. Madre, buenas noches.... Por
cierto que el señor consejero (que fue en vida un hablador
impertinente) es ahora bien repasado, bien serio y taci-
turno. Vamos, amigo, que es menester sacarnos de aquí, y
acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO IV.

SCENA I.

Salón de palacio.

CLAUDIO, GETRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos, alguna causa tienen : dime cual es ; conviene que la sepa yo.... En donde está tu hijo ?

GETRUDIS.

Dejadnos solos un instante. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) ¡ Ah ! señor, lo que he visto esta noche !

CLAUDIO.

¿ Que ha sido, Getrudis ? ¿ Que hace Hamlet ?

GETRUDIS.

Furioso está, como el mar y el viento, cuando disputan entre sí cual es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detrás del tapiz : saca la espada,

grita : un raton , un raton , y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos : á mí , á tí misma , á todos en fin. ¡Oh!... y como disculparemos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros : porque nuestra autoridad debería haber reprimido á ese joven loco , poniéndole en parage donde á nadie pudiera ofender. Pero , el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia : bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa , que por no declararla , consiente primero que le devore la substancia vital. ¿ Y á donde ha ido ?

GETRUDIS.

A retirar de allí el difunto cuerpo , y en medio de su locura , llora el error que ha cometido. Así el oro ⁽¹⁾ manifiesta su pureza ; aunque mezclado , tal vez , con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos , Getrudis , y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya : entanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia , para ocultar , ó disculpar , un hecho tan indigno.

SCENA II.

CLAUDIO, GETRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¡Oh! Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude.... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle : habladle con dulzura y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extension del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco) errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí.... mi alma está llena de agitacion y de terror.

SCENA III.

Cuarto de Hamlet.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro.... Pero....

RICARDO.

Hamlet, señor. (*Desde adentro.*)

HAMLET.

¿Que ruido es este? ¿Quien llama á Hamlet?... ¡Oh! ya están aquí.

(*Salen Ricardo y Guillermo.*)

RICARDO.

Señor, ¿que habeis hecho del cadaver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

¡Ah!... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Que es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio.... Y, ademas, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamáis?

HAMLET.

Sí señor, entremetido : que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes á lo último de su carrera, es cuando sirven mejor al príncipe : porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que entró, es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digáis en donde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros á ver al rey.

HAMLET.

El cuerpo ^{del} está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como....

GUILLERMO.

¿Que cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa, que no vale nada.... pero, guarda Pablo....
Vamos á verle.

SCENA IV.

Salon de palacio.

CLAUDIO *solo*.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ;Que peligroso es dejar en libertad á este manco! pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud: cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

SCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

¿Que hay? ¿que ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga á donde ha llevado el cadaver.

CLAUDIO.

Pero él, ¿en donde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el príncipe.

SCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO,
CRIADOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en donde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? ¿á donde?

HAMLET.

No á donde coma, sino á donde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros ¹³ engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come despues. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes; pero se sirven á una misma mesa. En esto para todo.

CLAUDIO.

¡Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha

comido á un rey , y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y que quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar, como un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En donde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad á alguno que lo vea , y si vuestro comisionado no le encuentra allí , entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que , si no le hallais en todo este mes, le olereis sin duda al subir los escalones de la galeria.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. (*Vanse los criados.*)

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad la cual me interesa tanto, como lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Pre-

párate, pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viage á Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.

Yo veo un angel que los ve.... Pero vamos á Inglaterra. ¡Adios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre.... Padre y madre son marido y muger : marido y muger son una carne misma, con que.... mi madre.... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

SCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente: instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision está sellado y pronto. Id, no os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa) pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués y en docil temor me pagas tributos: no dilates tibia la egecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia, la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe; por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad, ni la alegría.

SCENA VIII.

Campe solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTINBRAS, UN CAPITAN, SOLDADOS.

FORTINBRAS.

Id, Capitan ⁴⁰, saludad en mi nombre al monarca danés: decidle que en virtud de su licencia, Fortinbras pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabéis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su magestad comunicarme, hacodle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN.

Así lo haré, señor.

FORTINBRAS.

Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

SCENA IX.

UN CAPITAN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO,
SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero ⁴¹, de donde son estas tropas?

CAPITAN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y, decidme, á donde se encaminan?

CAPITAN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quien las acudilla?

CAPITAN.

Fortinbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para decirlo sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porción de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al Polaco; aunque á publica subhasta la vendan.

HAMLET.

Sin duda el Polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia, que revienta en lo interior; sin que exteriormente se vea la razon porque el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde.

(Vanse el capitán y los soldados.)

RICARDO.

¿Queréis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

SCENA X.

HAMLET *solo.*

HAMLET.

Cuantos ⁹⁰ accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Que es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan extenso conoci-

miento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrupulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardia que de prudencia) yo no sé para que existo, diciendo siempre : tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para egecutarla. Por todas partes hallo egemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impellido de ambición generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia fragil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo; sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa: cuando se trata de adquirir honor. ¿Como, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida.... estímulos capaces de excitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mía veo la destrucción inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos: combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres.... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasia idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

SCENA XI.

Galería de palacio.

GETRUDIS, HORACIO.

GETRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasion.

GETRUDIS.

¿Y que pretende? ¿que dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equivocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GETRUDIS.

Será bien hablarla : antes que mi repulsa esparza congeturas fatales, en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Vase Horacio.*) El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto, hace tal vez que él mismo se descubra.

SCENA XII.

GETRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En donde está la hermosa reina de Dinamarca?

GETRUDIS.

¿Como va, Ofelia?

OFELIA.

(*Estos versos y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Como al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiria?

Por las venturas
De su esclavina,
Bordon, sombrero
Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adornan cintas.

GETRUDIS.

¡Oh! querida mía! y ¿á que propósito viene esa caucion?

OPELIA.

¿Eso decis?... atended á esta.

Muerto es ya, señora,
Muerto y no está aquí.
Una toaca piedra
A sus plantas vi
Y al cesped del prado
Su frente cubrir.

¡Ah! ah! ah! (*Dando risotadas.*)

GETRUDIS.

Si, pero, Ofelia....

OPELIA.

Oid, oid.

Blanco paños le vestian....

SCENA XIII.

CLAUDIO, GETRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GETRUDIS.

¡Desgraciada! Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestían
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen,
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Como estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena, Dios os lo pague.... Dicen que la lechura fue antes una doncella, hija de un panadero.... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora; pero no lo que podemos ser.... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OPELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto, y si os preguntan lo que significa, decid :

De San Valentino ¹⁷
 La fiesta es mañana :
 Yo, niña amorosa,
 Al toque del alba
 Iré á que me veas
 Bebe la ventana,
 Para que la suerte
 Dichosa me saiga.
 Despierta el marcebo,
 Se viste de gala,
 Y abriendo las puertas
 Entró la muchacha:
 Que viniendo virgen,
 Volvió desflorada.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OPELIA.

Sí, voy á acabar; sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay! ¡miser! ¡cielos!
 ¡Torpeza villana!
 ¿Que gala desprecia
 Ventura tan alta?
 Pues todos son falsos,
 Le dice indignada,
 Antes que en tus brazos
 Me miras inerte.

De hacerme tu esposa
Me diste palabra.

Y él responde entónces :

Por el sol te juro
Que no lo olvidára,
Si tú no te hubieras
Venido á mi cama.

CLAUDIO.

¿Cuanto ha que está así?

OPHELIA.

Yo espero que todo irá bien.... Debemos tener paciencia.... (*Se entristece y llora.*) Pero, yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría.... Mi hermano lo sabrá.... preciso.... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos.... (*Con mucha viveza y alegría.*) Vamos : la carroza. Buenas noches, señoras, buenas ^{no} noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO.

(*A Horacio.*) Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

SCENA XIV.

CLAUDIO, GETRUDIS.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo, Getrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espasmos; sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado el mismo, justo motivo á su destierro) el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones, sobre la muerte del buen Polonio; cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon: sin la cual somos vanos simulacros ó comparables solo á los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos azares juntos, mi querida Getrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la scena siguiente.)

GETRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Que estruendo es este?

SCENA XV.

CLAUDIO, GETRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En donde está mi guardia?... Acudid.... defended las puertas.... ¿Que es esto?

CABALLERO.

Huid ⁰⁰, señor. El Océano, sobrepasando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso que el que manifiesta el joven Laertes, ciego de furor; venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, viva Laertes.

HAMLET.

GETRUDIS.

¡Con que alegría sigue, ladrando, esa trahilla péfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

SCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GETRUDIS, SOLDADOS y
PUEBLO.

LAERTES.

¿En donde está el rey? (*Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*) Vosotros, quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me degeis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas.... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GETRUDIA.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio: infamaria de cornudo á mi padre é imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima, la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero, Laertes, ¿cual es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Getrudis, no le contengas.... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes: la traicion no puede, como quisiera, penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la egecucion todos sus designios.... Dime, Laertes, porque estás tan airado?... Déjale Getrudis.... Habla tú.

LAERTES.

¿En donde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GETRUDIA.

Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y como ha sido su muerte?... ¡Eh!... no, á mí no se

me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévase el mas atezado demonio los juramentos de vasallage, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion, en el abismo mas profundo.... La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada.... solo aspiro, y este es el punto en que insisto: solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

¿Y quien te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre ¿está escrito acaso en tu venganza, que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

¿Querrás, sin duda, conocerlos?

LAERTES.

¡Oh! á mis buenos amigos, yo los recibiré con abiertos

brazos, y semejante al pellicano amoroso, los alimentaré si necesario fuere, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar.

(Ruido y voces dentro.)

LAERTES.

¿Que novedad.... que ruido es este?

SCENA XVII.

CLAUDIO, GETRUDIS, LAERTES, OFELIA,
ACOMPAÑAMIENTO.

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres; trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.)

LAERTES.

¡Oh! calor activo, abrasa mi cerebro! Lágrimas, en extremo causticas, consumid la potencia y la sensibilidad de

mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baje la balanza.... ¡Oh! ¡rosa de mayo! ¡amable niña! ¡mi querida Ofelia! ¡mi dulce hermana!... ¡Oh cielos! y ¿es posible que el entendimiento de una tierna joven sea tan fragil como la vida del hombre decrepito?... Pero la naturaleza ⁽¹⁰⁹⁾ es muy fina en amor, y cuando este llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Llévame en su estado
 Con el rostro descubierto.
 Ay no ni, ay ay ay no ni.
 Y sobre su sepultura
 Muchas lágrimas llorieron.
 Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adios, querido mio. Adios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmovirme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de :

Abagito está ⁽¹¹¹⁾
 Llámale, señor, que abagito está.

¡Ay que á propósito viene el estrivillo.... El pícaro del mayordomo fue el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (*A Laertes.*) Tomad, amigo, para que os acordéis.... y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA.

(*A Getrudis.*) Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda.... ⁽¹³⁾ para vos tambien, y esto poqujito es para mí.... Nosotros podemos llamarla, yerba santa del domingo.... vos la usareis con la distincion que os parezca.... (*A Claudio.*) Esta es una margarita.... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario ⁽¹⁴⁾

De plumas vario

Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horro-

res del infierno mismo; ¡todo en su boca es gracioso y suave!

OFELIA.

Noe deja, se va,
 Y no ha de volver.
 No, que ya murió,
 No vendrá otra vez....
 Su barba era nieve,
 Su pelo también.
 Se fue, dolorosa
 Partida! se fue.
 En vano exhalamos
 Suspiros por él.
 Los cielos piadosos
 Descanso le den.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera....
 ¡Eh! señores, adios.

SCENA XVIII.

CLAUDIO, GETRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Oyemé aparte. Elige entre los mas

prudentes de tus amigos, aquellos que te parezca. Oígan-
nos á entrambos y juzguen. Si por mi propio, ú por mano
ajena, resulto culpado : mi reino, mi corona, mi vida,
cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte.
Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obe-
diencia, y unidos ambos, buscaremós los medios de aliviar
tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís.... Su arrebatada muerte, su obs-
curo funeral : sin trofeos, armas, ni escudos sobre el ca-
daver, ni debidos honores, ni decorosa pompa ; todo, todo
está clamando del cielo á la tierra por un examen, el mas
riguroso.

CLAUDIO.

Tu le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá
sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

SCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

BORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar ?

CRIADO.

Usos marineros, que segun dicen os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de que parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

SCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO 1°.

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO 1°.

Así lo hará si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO.

(*Lee Horacio la carta.*)

« Horacio : luego que hayas leído esta, dirigirás esos
» hombres al rey para el cual les he dado una carta. Ape-

» nas llevabamos dos dias de navegacion, cuando empezó
» á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que
» nuestro navio era poco velero, nos vimos precisados á
» apelar al valor. Llegamos al abordage: yo salté el pri-
» mero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo
» logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me
» hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo
» como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se
» hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el rey re-
» ciba las cartas que le envío, y tu ven á verme con tanta
» diligencia, como si huyeras de la muerte. Tengo unas
» cuantas palabras que decirte al oído que te dejarán ató-
» nito; bien que todas ellas no serán suficientes á expresar
» la importancia del caso. Esos buenos hombres te condu-
» cirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su ca-
» mino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos.
» Adios. Tuyo siempre, Hamlet. »

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas car-
tas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me llevéis des-
pues á donde queda el que os las entregó.

SCENA XXI.

Gabinete del rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazón como á tu amigo: despues que has oído, con pruebas evidentes, que el matador de tu noble padre, conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta.... Pero, decidme ¿porqué no procedeis contra excesos tan graves y culpables? cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas, deberían excitaros tan particularmente á reprimirlos.

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles; para mí han sido muy poderosas. Una es ¹¹⁰, que la reina su madre vive pendiente cuasi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no

dependa de su voluntad. La otra razon porque no puedo proceder contra el agresor públicamente es, el grande cariño que le tiene el pueblo : el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á uracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Si, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion.... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas.... Pero, llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño : ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me dege remesar la barba y lo tome á fiesta.... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la.... Pero.... ¿Que noticias traes?

SCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del príncipe: esta para vuestra magestad, y esta para la reina.

(Da unas cartas á Claudio.)

CLAUDIO.

¿De Hamlet! ¿Quién las ha traído?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Claudio que las recibió del que las trujo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás-lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

SCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

(Lee Claudio una carta.)

« Alto y poderoso señor : os hago saber como he llegado
 » desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de
 » ver vuestra presencia real, y entonces, mediante vues-
 » tro perdon, os diré la causa de mi extraña y repentina
 » vuelta. Hamlet. »

¿Que quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros
 tambien? ¿ó hay alguna equivocacion? ¿ó acaso todo es
 falso?

LAERTES.

¿Conoccis la letra?

CLAUDIO.

Sí, es de Hamlet.... *(Examinando con atencion la
 carta.)* Desnudo.... y en una empuñada que hay aquí,
 dice : solo.... ¿Que puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo.... Pero, dejadle venir : que ya siento
 encenderse en nuevas iras mi corazon.... Sí, yo viviré, y
 le diré en su cara : Tú lo hiciste, y fue de esta manera.

HAMLET.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto.... ¡Eh! ¡como es posible!... ¡Y que otra cosa puede ser?... ¡Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Si señor; como no procuréis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viage, y reusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura mas leve de acusacion, su madre misma absolverá el hecho, juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponéis que yo sea el instrumento que las egecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien..... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresaes. Las demas que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola: que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventad;

peró que la es muy necesario : puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste, por abrigo y decencia.... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero de Normandia.... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos ginetes; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Parecia haber nacido sobre la silla, y hacia egecutar al caballo tan admirables movimientos, como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo : y tanto excedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar, no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

¿Decís que era Normando?

CLAUDIO.

Sí, Normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues este hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y egercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque : tanto que

dijo alguna vez, que seria un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito; si pudiera hallarse, puesto que segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites, cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso, para batallar contigo. Fuera de esto....

LAERTES.

¿Y que hay ademas de eso, señor?

CLAUDIO.

¿Laertes, amaste á tu padre? ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante, cuando les falta un corazon.

LAERTES.

¿Porqué lo preguntais?

CLAUDIO.

No porque piense que no amabas á tu padre; sino porque sé que el amor ⁽¹⁰⁾ está sugeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas: segun me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pávilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer debería ejecutarse en el instante mismo en que lo desca-

mos, porque la voluntad se altera facilmente, se debilita y se entorpece, segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces, aquel estéril deseo es semejante á un suspiro, que exhalando pródigo el aliento causa daño, en vez de dar alivio.... Pero, toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve.... ¿Que accion emprenderias tú para manifestar, mas con las obras que con las palabras, que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Que haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer limites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto: cuando llegue Hamlet sabrá que tú has venido: yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de tí el francés. Por último ⁽¹⁰⁾, llegareis á veros: se harán apuestas en favor de uno y otro.... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes: de suerte que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfacción de la muerte de tu padre.

LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto unguento que compré de un charlatan: de cualidad tan mortífera, que mojado un cuchillo en él, adonde

quiera que haga sangre introduce la muerte; sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque, muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto.... Examinemos, que ocasion, que medios serán mas oportunos á nuestro engaño: porque, si tal vez se malogra, y equivocada la egecucion se descubren los fines; valiera mas no haberlo emprendido. Conviene, pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera.... Déjame ver si.... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y.... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate) él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla solo; aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero.... calla.... ¿Que ruido se escucha?

(*Suena ruido dentro.*)

SCENA XXIV.

GETRUBIS, CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

¿Que ocurre de nuevo, amada reina?

GETRUBIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra : tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

¡Ahogada!... ¿en donde?... ¡Cielos!

GETRUBIS.

Donde ⁹⁷⁾ hallareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó, ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman, dedos de muerto. Llegada que fue, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos; se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal, ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas, huceas y extendidas, la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y entanto iba cantando pedazos de

tonadas antiguas : como ignorante de su desgracia , ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero , no era posible que así durase por mucho espacio.... Las vestiduras , pesadas ya con el agua que absorbían , la arrebataron á la infeliz : interrumpiendo su canto dulcísimo , la muerte , llena de angustias.

LAERTES.

¿Que en fin se ahogó? ¡Misero!

GETRUDIS.

Sí , se ahogó , se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada ⁰⁸⁰ agua tienes ya , por eso quisiera reprimir la de mis ojos.... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos , imperiosa la naturaleza sigue su costumbre , por mas que el valor se avergüence.... Pero , luego que este llanto se vierta , nada quedará en mí de femenil ni de cobarde.... Adios señores.... mis palabras de fuego arderian en llamas , sino las apagasen estas lágrimas imprudentes. (*Vase Laertes.*)

CLAUDIO.

Sigámosle , Getrudis , que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera , temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO V.

SCENA I.

Cimiterio contiguo á una iglesia.

SEPULTUREO 1.^o, SEPULTUREO 2.^o.

SEPULTUREO 1.^o.

¿Y es la que ha de ^{de} sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTUREO 2.^o.

Digote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadaver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTUREO 1.^o.

Yo no entiendo como va eso... Aun si se hubiera abrogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTUREO 2.^o.

Así han juzgado que fue.

SEPULTURERO 1.º.

No, no, eso fue *se offendendo*; ni puede haber sido de otra manera: porque.... ve aquí el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una acción, y toda acción consta de tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar: de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2.º.

¡Qué!... Pero, cógame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO 1.º.

No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien.... Pues señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo: porque, por fas ó por nefas, ello es que él va.... Pero, atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio.... Compadre Rasura, el que no desea su muerte, no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2.º.

¿Y qué hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1.º.

Ya se ve que las hay, y por ellas se guía el juez que examina estos casos.

SEFULTURERO 2°.

¿Quieres que te diga la verdad? pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

SEFULTURERO 1°.

En efecto dices bien y es mucha listísima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demas cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada.... Vamos allá con el azadon.... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuelas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores: que son los que egercen la profesion de Ádan.

SEFULTURERO 2°.

¿Pues qué, Ádan fue caballero? ^{no}

SEFULTURERO 1°.

¡Toma! como que fue el primero que llevó armas.... Pero, voy á hacerte una pregunta y sino me respondes á cuento, has de confesar que eres un....

SEFULTURERO 2°.

Adelante.

SEPULTURERO 1.º.

¿Cual es el que construye edificios mas fuertes, que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navicos?

SEPULTURERO 2.º.

El que hace la horca : porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1.º.

Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca ; pero, ¿ como es bueno ? es bueno para los que hacen mal : ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia, con que la horca podria ser buena para tí.... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2.º.

¿Cual es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navicos?

SEPULTURERO 1.º.

Si, dímelo y sales del apuro.

SEPULTURERO 2.º.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1.º.

Pues vamos.

SEPULTURERO 2°.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1°.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello.... Tú eres un burro lerdó, que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder : el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace, duran hasta el dia del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo y tráeme una copa de aguardiente.

SCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO 1°.

SEPULTURERO 1°. (*Canta.*)

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo jugué:
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

Que poco ^{es} siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja, tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO 1.º. (*Canta.*)

La edad callada en la huesa
 Me hundió con mano cruel,
 Y toda se destruyó
 La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria también cantar.... ¿Como la tira al suelo el pícaro! como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano, que diria: felicísimos dias, señor excelentísimo, ¿como va de salud, mi venerado señor?... Ésta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano, para pedir-sele prestado despues. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

¡Oh! sí por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el hazadon de un sepulturero.... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera en nosotros medios para observarlas.... Pero, ¿costó acaso tan poco la formación de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente⁶⁰ se divierta en sus garitos con ellos? .. ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

SEFULTURERO 1.º. (*Carita.*)

Una piqueta
 Con una hazada,
 Un lienzo donde
 Revuelto vaya,
 Y un hoyo en tierra
 Que le preparen.
 Para tal huésped
 Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿porque no podría ser la calavera de un letrado?... ¿Adonde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Porque sufre ahora que ese bribon, grosero, le golpee contra la pared, con el azadon lleno de barro?... ¡y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Éste seria, quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones y reconocimientos, transacciones, seguridades mútuas, pagos, recibos.... Ve aquí el arriendo de sus ar-

riendos, y el cobro de sus cobranzas; todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su atahud; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones, no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras.... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas!

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues, dígame, que son mas irracionales que las terneras y carneros, los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos.... Voy á tramar conversacion con este hombre. (*Al sepulturero.*) ¿De quien es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1.º.

Mia, señor. (*Canta.*)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella.... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO 1.º.

Ve ahí un mentis demasiado vivo; pero yo es le volveré.

HAMLET.

¿Para que muerto cabas esa sepultura?

SEPULTURERO 1.º.

No es hombre, señor.

HAMLET.

¿Pues bien, para que muger?

SEPULTURERO 1.º.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues que es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO 1.º.

Un cadaver, que fue muger; pero ya murió.... Dios la perdone.

HAMLET.

¡Que taimado es! Hablémosle clara y sencillamente,

porque sino, es espaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado quanto se va sutilizando la edad en que vivimos.... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le deshollará el talon.... ¿Cuanto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1.^o.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio, el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortinbrás.

HAMLET.

¿Y cuanto tiempo habré?

SEPULTURERO 1.^o.

¡Toma! ¿no lo sabéis? pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en que nació el joven Hamlet, el que está loco, y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿y porque se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO 1.^o.

Porque.... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y sino le cobra á bien que poco importa.

HAMLET.

¿Porqué?

SEFULTURERO 1.^o.

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y como ha sido volverse loco?

SEFULTURERO 1.^o.

De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.

¿De que modo?

SEFULTURERO 1.^o.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿que motivo dió lugar á eso?

SEFULTURERO 1.^o.

¿Que lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande, por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuanto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEFULTURERO 1.^o.

De suerte que si él no corrompía ya en vida (como nos

sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos) podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.

¿Pues que tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1.º.

Lo que tiene es, un pellejo tan curtido ya, por mor de su egercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua: y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quien es?

SEPULTURERO 1.º.

¡Mayor hideputa, loco!... ¿De quien os parece que será?

HAMLET.

¿Yo como he de saberlo?

SEPULTURERO 1.º.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorich, el bufon del rey.

(*El sepulturero le dá una calavera á Hamlet.*)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO 1°.

La misma.

HAMLET.

¡Ay! ¡pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio.... era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros.... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita.... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo di besos sin número.... ¿Que se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, faltar ya enteramente de músculos, ni aun puedes reírte de tu propia deformidad.... Ve al tocador de alguna de nuestras damas y dile, para excitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de aceite en el rostro; al fin habrá de experimentar esta misma transformacion.... (*Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.*) Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cual es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra, tendria esa forma horrible?

HAMLET.

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaría ese mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

(El sepulturero 1.º acabada la excavacion sale de la sepultura, y se pasa hácia el fondo del teatro. Viene despues el sepulturero 2.º que trae el aguardiente, beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente : como lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¿En que abatimiento hemos de parar, Horacio!... ¿Y porque no podría la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alejandro, hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fe, que seria excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí, con probabilidad y sin violencia alguna. Como si digéramos : Alejandro murió : Alejandro fue sepultado : Alejandro se redujo á polvo : el polvo es tierra : de la tierra hacemos barro.... ¿y porque con este barro en que él

está ya convertido, no habrán podido tapan un barril de cerbeza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapan un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra, que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique, contra las intemperies del invierno.... Pero, callemos.... hagámonos á un lado, que.... sí.... Aquí viene el rey, la reina, los grandes.... ¿A quien acompañan? ¿Que ceremonial tan incompleto es este!... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen, dió fin á su vida con desesperada mano.... Sin duda era persona de calidad.... Ocultémonos un poco, y observa.

SCENA III.

CLAUDIO, GETRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS. ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS. ⁶⁰

(Conducen entre cuatro hombres el cadaver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detras sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar á donde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)

LAERTES.

¿Que otra ceremonia falta?

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Que ceremonia falta ?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano : allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadaver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas ?

EL CURA.

No mas. Profanariamos los honores sagrados de los difuntos, cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues. (*Ponen el cadaver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo záfio, te anun-

cio: que mi hermana será un ángel del señor, mientras tu estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¡Que!... ¡la hermosa Ofelia!...

GETRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparte flores sobre el cadáver.*) Adios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh! una y mil veces sea maldito, aquel, cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!... No... esperad un instante, no echéis la tierra todavía... No... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul extremidad del Olympo, que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quien es el que dá á sus penas idioma tan enfático? ¿el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á verle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hácia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se*

dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo, y los separan.)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides.... Quitá esos ^{os} dedos de mi cuello, porque aunque no soy precipitado ni colérico; algún riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente, debes evitarle.... Quitá de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GETRUDIS.

¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.

¡Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No, por causa tan justa lidiaré con él, hasta que cierre mis párpados la muerte.

GETRUDIS.

¿Que causa puede haber, hijo mio?...

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos

no podrán, con todo su amor, exceder al mio.... ¿Que quieres hacer por ella? Di.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GETRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra, y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil²⁰, devorar un caiman? Yo lo haré tambien.... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella?... Pues bien, eso quiero yo: y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la torrida zona, y el alto Ossa parezca en su comparacion un terron pequeño.... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GETRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Oyeme: ¿cual es la razon de obrar así conmigo?

Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules, con todo su poder, quiera estorvarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(*Vase Hamlet, y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO.

Horacio, vé, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia, mientras dispongo lo que importa en la ocasión presente.... Amada Getrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo.... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas más tranquilas; pero, entretanto, conviene sufrir.

SCENA IV.

Salón del palacio, el mismo que sirvió para la representación, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás ⁰⁰, amigo, que agitado continuamente mi corazón en una especie de combate, no me permitía conciliar el sueño, y en tal situación me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad.... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo.... Si, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil; al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad, se malogran: prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo, pues, de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero, y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo: me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadia de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosia del rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones, de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca, y aun á la de Inglaterra y.... ¡oh! mil temores y anuncios de mal, si me dejan vivo.... En fin, decia: que luego que fuese leida, sin dilacion, ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¡Es posible!

HAMLET.

Mira la orden aquí : (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardárselo.*) podrías leerla en mejor ocasión ; pero, ¿ quieres saber lo que yo hice ?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama, aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra.... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro ; y aun no degé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad ; pero ahora conozco, Horacio, cuan útil me ha sido tenerla. ¿ Quieres saber lo que el escrito contenía ?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole, que su recíproca amistad florecería como la palma robusta ; que la paz, coronada de espigas, mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas. Pidiéndole, por último,

que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y como la podisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo, porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo parage y nadie nota el cambio.... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo, Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo.... Ellos mismos se han procurado su ruina.... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh! que rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú, que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? Él, que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida, valiéndose de medios tan alevos..... ¿No será justicia rectísima castigarle con esta mano? No será culpa en mí, tolerar que ese monstruo exista, para cometer como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cual ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio y para quitar á un hombre la vida, un instante basta.... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mi propio, no ví en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí.... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.

Callad.... ¿Quién viene aquí?

SCENA V.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE.

HENRIQUE.

En hora ¹⁰⁰ feliz haya regresado vuestra alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero.... ¿Conoces á este moscon?

HORACIO.

No señor.

HAMLET.

Nada se te dé: que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él: ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del rey.... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

HENRIQUE.

Amable príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion.... Pero, emplead el sombrero en el uso á que fue destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

HENRIQUE.

Muchas gracias, señor.... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

HENRIQUE.

Cierto que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo.... á lo menos para mi complexion, hace un calor que abrasa.

HENRIQUE.

¡Oh! en extremo.... sumamente fuerte, como.... yo no sé como diga.... Pues, señor, el rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se....

HENRIQUE.

¡Oh! señor.... lo hago por comodidad.... cierto.... Pues ello es, que Laertes acaba de llegar á la corte.... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos.... Cierto,

hablando sin pasión, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza : porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él hacéis no desmerece nada en vuestra boca; aunque yo creí que, al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirían la aritmética y la memoria, y ambas serían insuficientes para suma tan larga. Pero, sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo : pues el que presume buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

HENRIQUE.

Vuestra alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.

Sí, pero sépase á que propósito nos enronquecemos ahora, entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galán.

HENRIQUE.

¿ Como decís, señor ?

HORACIO.

¿ No fuera mejor que le hablarais con mas claridad ? yo creo, señor, que no es seria difícil.

HAMLET.

HAMLET.

Digo, ¿que á que viene ahora hablar de ese caballero?

HENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡ Eh! ya vació cuanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Si señor, de ese mismo.

HENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de....

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinion no me añadiría un gran concepto.... Y bien, ¿que mas?

HENRIQUE.

Decia que no podéis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo, por no igualarme con él: siendo averiguado que para conocer bien á otro, es menester conocerse bien á sí mismo.

HENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma: puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

Y que arma es la suya?

HENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas.....Vaya adelante.

HENRIQUE.

Pues señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte, (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, colgantes, y así á este tenor.... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!... ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

¿Y á que cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recordaba yo, que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

HENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones.....

HAMLET.

La expresion seria mucho mas propia, si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este

uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros, contra seis espadas francesas, con sus cinturones, y entre ellos tres careñas primorosas.... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á que fin se han impuesto (como vos decia) todas esas cosas?

HENRIQUÉ.

El rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé, y él dice, que en las mismas doce, os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente: si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

HENRIQUE.

Quiero decir, si admitis el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala: porque, si su magestad no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta, si puedo; y sino puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

HENRIQUE.

¿Con que lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la substancia; despues lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

HENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

SCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

El hace muy bien de recomendarse á sí mismo : porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo, que empezó á volar y chillar, con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la teta.... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben aco-

modarse al gusto del dia , con esa exterioridad halagüena y obsequiosa.... y con ella tal vez suelen sorprehender el aprecio de los hombres prudentes : pero se parecen demasiado á la espuma ; que por mas que hierva y abulte , al dar un soplo , se reconoce lo que es : todas las ampollas huecas se deshacen , y no queda nada en el vaso.

SCENA VII.

HAMLET , HORACIO , UN CABALLERO.

CABALLERO.

Señor , parece que su magestad os envió un recado con el joven Henrique , y este ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El rey me envia á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente , ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolacion y la sugueto á la voluntad del rey. Si esta hora fuese cómoda para él , tambien lo es para mí : con que hágase al instante ó cuando guste ; con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El rey y la reina bajan ya , con toda la corte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

SCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de egercitarme, y creo que le llevaré ventaja.... Pero.... no podrás imaginarte que angustia siento, aquí en el corazon.... ¿Y sobre qué?... No hay motivo.

HORACIO.

Con todo eso, señor....

HAMLET.

¡Ilusiones vanas!... Especie de presentimientos, capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para que empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispuesto.

HAMLET.

No, no.... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla: si no ha de venir ya, señal que es ahora, y si ahora no fuese, habrá de ser despues: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿que importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir. ⁽¹¹⁾

SCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GETRUDIS, LAÉRTES, HENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven Hamlet, ven, y recibe esta mano que te presento.
(*Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.*)

HAMLET.

Laertes, si estais ⁽¹²⁾ ofendido de mí, os pido perdon

Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desorden que mi razon padece. Quanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza, ó vuestro honor, cualquiera accion en fin, capaz de irritaros; declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fue Hamlet el agresor; porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quien pudo ser? Su demencia sola.... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid, pues, que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espere de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el harpon sobre los muros de ese edificio, y por error heri á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliacion alguna; hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancha. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano.... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Si, vamos.... Uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, joven Henrique. Hamlet, ya sabes cuales son las condiciones.

HAMLET.

Si, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella cuando lo manda Claudio ponen jarros y copas de oro que lle-

nan de vino. Claudio y Getrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pie los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes que se disponen para batallar, y Horacio y Henrique en calidad de jueces ó padrinos.)

CLAUDIO.

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos y aunque él haya adelantado despues; por eso mismo, el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(Henrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.)

HAMLET.

Este me parece bueno.... ¿Son todos iguales?

HENRIQUE.

Sí señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas, llenas de vino. Si Hamlet dá la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte dá un quíte al contrario, disporen toda la artilleria de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su

corona los cuatro últimos soberanos daneses.... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de Hamlet.... Comenzad, y vosotros que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos. ⁽¹²⁾

LAERTES.

Vamos señor.

(Batallan Hamlet y Laertes.)

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

HENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien : á otra.

CLAUDIO.

Esperad.... Dadme de beber. *(Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga despues la copa á Hamlet,*

y él rehúsa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.) Hamlet, esta perla es para tí, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco.... (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos.... Otra estocada. ¿Que decis?

LAERTES.

Si, me ha tocado : lo confieso.

CLAUDIO.

¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GETRUDIS.

Está grueso, y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo, y límpiaste el rostro.... La reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet.

(*Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar, y Getrudis bebe segunda vez.*)

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GETRUDIS.

¡Oh! señor, perdonadme : yo he de beber.

HAMLET.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!... pero.... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GETRUDIS.

Vea, hijo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora vereis si le acierto.

(Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Getrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.)

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé que repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes,... Pero, bien se vé que lo tomáis á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burlais de mí.

LAERTES.

¿Eso decis, señor? Vamos. *(Batallan.)*

HENRIQUE.

Nada, ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora.... esta....

(Vuelven á batallar, se enfurecen, truécanse las

espadas, y quedan heridos los dos. Horacio y Henrique los separan con dificultad. Getrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado.... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

HENRIQUE.

Ved que tiene la reina.... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Que es esto, señor?

HENRIQUE.

¿Como ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caído en el lazo que preparé.... justamente muero, víctima de mi propia traición.

HAMLET.

¿Que tiene la reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GETRUDIS.

No, no.... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!... ¡Me han envenenado! (*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET.

¡Oh! ¡que alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas.... Traicion.... buscad por todas partes....⁰⁰

LAERTES.

No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Henrique.*) Hamlet, tú eres muerto.... no hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora, apenas... En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta.... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Venme aquí postrado para no levantarme jamas.... Tu madre ha bebido un tósigo.... No puedo proseguir.... El rey, el rey es el delincuente.

(*Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oír las últimas palabras de Laertes.*)

HAMLET.

Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido.... defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino; bebe esta ponzoña....
¿Está la perla aquí? Si, toma ^o, acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... él mismo preparó la pocion mortal....
Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh! no
caiga sobre tí, la muerte de mi padre y la mía, ni sobre
mí la tuya! (*Cae muerto.*)

HAMLET.

El cielo te perdona.... Ya voy á seguirte.... Yo muero,
Horacio.... Adios, reina infeliz.... (*Abrazando el cadáver
de Gertrudis.*) Vosotros que asistís pálidos y mudos
con el temor á este suceso terrible.... Si yo tuviera tiem-
po.... (*Empieza á manifestar desfallecimiento y an-
gustia por la muerte. Parte de los circunstantes le acom-
pañan y sostiene. Horacio hace extremos de dolor.*) La
muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecu-
cion.... Yo pudiera decirlo... pero, no es posible. Horacio,
yo muero. Tú, que vivas, refiere la verdad y los moti-
vos de mi conducta, á quien los ignora.

HORACIO.

¿Vivir? no lo creáis. Yo tengo alma romana, y aun ha
quedado aquí parte del tísigo.

(*Busca en la mesa el jarro del veneno, echa por-
cion de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere*

estorvárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet y la tira al suelo.)

HAMLET.

Dame esa copa.... presto.... por Dios te lo pido. ¡Oh! querido Horacio! si esto permanece oculto, ¡que manchada reputacion dejaré despues de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apetece: alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia.... ¿Que estrépito militar es este?

(Suena música militar, que se va aproximando lentamente.)

SCENA X.

HAMLET, HORACIO, HENRIQUE, UN CABALLERO,
Y ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO.

El joven Fortinbrás que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.

Yo espiro, Horacio, la activa ponzoña sufoca mi aliento.... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo ⁽³⁰⁾ á anunciar que Fortinbrás sera elegido por

aquella nacion. Yo, moribundo, le doy mi voto.... Díselo tú, é infórmale de cuanto acaba de ocurrir.... ¡Oh!... Para mí solo queda ya.... silencio eterno. (*Muere.*)

HORACIO.

¡En fin, se rompe ese gran corazon!... Adios, adios, amado príncipe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*) ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... Pero, ¿como se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores?

SCENA XI.

FORTINBRAS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, HENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO.

¿En donde está ese espectáculo? ¹⁰⁹

HORACIO.

¿Qué buscáis aquí? Si queréis ver desgracias espantosas, no paséis adelante.

FORTINBRAS.

¡Oh! este destroso pide sangrienta venganza.... ¡Soberbia muerte! ¿Que festin dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR 1.º.

¡Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas: Ricardo y Guillermo perdieron la vida.... Pero, ¿quien nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

No las recibiríais de su boca, aunque viviese todavía: que él nunca dió orden para tales muertes. Pero, puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico: disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleva astucia, y al fin, proyectos malogrados, que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTINERAS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca, que ya no formará sonido alguno.... Pero, ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la egecucion un instante solo: para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTINBRAS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet, con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡ Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca.... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hagánsele todos los honores de la guerra.... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento, mas es propio de un campo de batalla que de este sitio.... Y vosotros, haced que salude con descargas todo el egército.

FIN.

NOTAS.

ACTO PRIMERO.

⁽¹⁾ Halló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acontecimientos increíbles y fabulosos, como lo están igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice, que Borico reinó en Dinamarca desde los años de 5570, hasta el de 5590. Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran valor, que se había hecho famoso por la victoria que obtuvo de Colter, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion le quitó la vida alevosamente, casándose después con su viuda Gerutha, hija de Borico: valiéndose para rendirla á su voluntad, de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco, para disimular mejor sus designios; bien que no pudo ocultarlos en tal manera que su tío no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficción. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa joven fuese á su hospic, donde Hamlet pasaba algunas horas del día, y hallábase con él: esperando que al verla depondría toda disimulación, y daría lugar á que notasen sus palabras y acciones las que debían ocultarse en la espesura y presentiar el secreto; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugiriese; Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el rey en otra, que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observara cuidadosamente. Vino en efecto el príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, menesudo los leños, cantando como un gallo y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los

colchones de la cama: hirióle con la espada, sacóla arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espías que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firmó resolución en que estaba de vengarse: haciéndola prometer por último, que á nadie revelaría aquel importante secreto.

Viendo el rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató solo de acabar con el príncipe, por cualquiera medio que fuese. Envióle á Inglaterra, acompañado de dos consejeros suyos á quienes dió cartas para aquel rey, en que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Éste, durante el viage, mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de los despachos que llevaban, y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima expresiones tan diferentes de las suprimidas, que así que leyó las cartas el rey de Inglaterra, hizo ahorcar á los dos mensajeros, acogió al Príncipe con extraordinarias muestras de amor, y de allí á poco tiempo le casó con su hija.

Un año despues de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el rey á los señores de la corte: Hamlet, en el desorden y alegría de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes: cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fue al cuarto del rey, que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados despues los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta: le aclamaron rey, y ocupó el trono, hasta que habiéndose revelado Viciente gobernador de Seelandia murió á sus manos en una batalla, año de 3450 del mundo, 550 años antes de Jesucristo, según el cómputo vulgar.

(1) *Ni un raton se ha movido.* Expresion muy natural en un soldado y muy ajena de la sublimidad trágica. M. Home, en su *Essay* sobre la crítica, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Agénia*.

Mais tout dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.

Es menester mucha ignorancia ó mucha pasión, para dar tal fallo.

¹²⁵ *Mirale por donde viene.* La aparición del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo menos, que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparición de un espectro, ¿como ha de acabar? ¿Que objeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del drama? ¿Porque no se aparece desde luego al príncipe Hamlet? ¿Sale del purgatorio á este fin y malgasta las horas en pasearse á oscuras y espantar centinelas? Si desea que su hijo le venga, ¿no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea el mismo? Es increíble que un alma, venida del otro mundo, la yerre tan de llano.

¹²⁶ *Nuestro último rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden solamente con su conversacion. El desafío del rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que promedida Fortinbras, los preparativos que se hacen para resistirle y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia: de esto y no de otra cosa debía tratarse. Dirán, que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados, de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

¹²⁷ *Fortinbras de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la serie de los reyes de Noruega. Véase la nota primera.

¹²⁸ *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aqui un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quien fue César, puesto que no habia nacido todavía. En cuanto á lo del *hámedo planeta*, cuya influencia gobiernó el imperio de Neptuno: puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto, no padeca esta excepcion.

¹²⁹ *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debía creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo, acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Lédredes, á quien Shakspeare quiso agrandar contándole patrañas maravil-

Mosa. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública; su obligación es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(10) *El joven Fortinbrás estándose en poco.* Ya se ha dicho que este Fortinbrás y esta guerra, nada tienen que ver con la acción del drama. Fortinbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reynaldo, Enrique, el capitán, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras, que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personajes que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe; todo es apartar la atención de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(11) *Algo mas que deudo, y menos que amigo.* En el original dice: *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el jugo de las palabras kin y kind. Hammer en su edición de las obras de Shakespeare publicada en 1744 dice: que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(12) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes: dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(13) *Fragilidad! tú tienes nombre de muger.* Literalmente dice: *Fragilidad! tu nombre es muger.* Letourneur traduce: *Oh! Fragilidad, la muger y tú tenéis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga, será una locucion impropia para expresar que las mugeres son frágiles. ¿Á qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles, para exprimir una idea tan sencilla?

(14) *Aun antes de romper los zapatos.* Despues de esta imagen ridicula y humilde, véase esta: *En un mes... enrojados aun sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Porqué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento, con mas energia y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabía borrar. No puede ser otra la razon.

(15) *¿Que asuntos tienen en Elisinga?* Hasta ahora no se sabia cual fuese el lugar de la escena.

(16) *Señor, yo creo que le el anoche.* Conservando diez ó doce ver-

son de las penas anteriores , podría suprimirse todo lo restante , y empezar la tragedia por aquí.

(10) *Y en donde fue eso?* En todo este diálogo animado y rápido , se expresa perfectamente la curiosidad , la inquietud , el terror del príncipe.

(11) *Nada mas?* ¿Quién duda ya que Otelia está enamorada de Hamlet ? con que amable sencillez manifiesta , en dos palabras , el estado de su corazón ! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(12) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasaje está obscuro en el original , como en la traducción. Es una repetición de lo que se ha dicho antes , esto es : que los obsequios de Hámlet no nacen de cariño verdadero y constante , ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le buelva la sangre en el cuerpo , con la leuand de la juventud.

(13) *El no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Misceláneas Literarias* traduce mal este pasaje , diciendo : *Un príncipe , un heredero del reino , no debe trinchar la vianda por sí mismo ; es menester que le escogian los pedanos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto , y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(14) *La juventud , aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra , encierran tan sólida é importante doctrina , que se hace inútil recomendarla á la consideración del lector.

(15) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo , de quienes los poetas y cómicos se hallaban olvidados.

(16) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos ; pero no son del caso. Ni el viage de Laertes , ni el modo con que debe conducirse en Francia interesan poco ni mucho , porque nada de esto tiene relacion con la fábula : son partes episódicas , desuables , ociosas , que la dilatan sin utilidad.

(17) *Por seguir la consentada alusion.* ¿ Y qué necesidad tiene de seguirla , ni aun de habarla empezado ? No es error , cuando se trata de dar consejos á una niña , obscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá ? Dirán que Polonio es un personaje ridi-

culo, y ¿no es error también, introducir en una tragedia figuras ridiculas?

(134) *Non reidmpagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento; es como los reidmpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto, y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento. Que no es verdadero ni pueda ser durable el amor de Hamlet.

(135) *Ángeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situación que sigue despues.

(136) *Si os arrebató al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere, espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y uflogena consideracion le detiene, va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! con qué modo inquietud se espera el éxito! Ya se ofendan cuantos desastros han precedido: aquí triunfa el talento del poeta: ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud, que le sigue atónita.

(137) *Reñéremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no debería distraerse en lo que no es del caso. Esta situación, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez; no adornos, que son impropios del personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(138) *Consiente que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á obscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recodita verdad de que un hombre, aunque sepa conceirse, puede ser un malvado? ¿Que parage y que ocasion, para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(139) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(140) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo apóstel de Irlanda floreció mil años despues. En esta obra se

habla de los ángeles y los diablos, de Adán, Jesucristo, la Virgen, san Valentín, el purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la eucaristía, Domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor, que entre estas expresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas: de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Rocio, Herodes y Nerón, son posteriores á Hamlet: en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duques, magestad, ni altara, ni relojes de campana, ni estudios de Witsemberga, ni morbo gallico, ni peregrinos ni conventos.

(80) *Si, si sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acoso sobre la cruz de la guarnición. Se dice que el juramento comun de los scytas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas también. (Hassner, en sus notas á *Shakspeare*.)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada é empuñándola, expresando en la fórmula: *por esta espada: por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolás Fernandez de Moratín en una de sus obras, donde dice:

*Y es fama que á la bajada
Juré por la cruz el Cid,
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.*

(81) *Ah! ese dice?* Letourneur, empeñado en hermosear su idolo, tuvo gran cuidado de omitir las expresiones familiares del original en todo este pasage; como lo hace en otros muchos. Aquello de *sombra de bien*, lo traduce por, *sombra real*: lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuan ridículo es en latin, y el *topo viejo*, lo transforma en *fantasma invisible*. Esto no se llama traducir.

⁴²⁰ *Por eso como d un extraño debéis Acopodarla.* Alusión á las leyes de la hospitalidad. (Warburton notas d *Shakespeare*.) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *extráneo*, la significacion de *extrangero*.

⁴²¹ *Formas singular y extraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica después.

ACTO SEGUNDO.

(1) *Scena I.* Esta escena se omite en la representación : es del todo inútil, pertenece al género cómico , y abunda en expresiones poco decentes.

(2) *Será un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (*Lord chambelán del rey de Dinamarca* : que equivale á *Sommiller de Corps*) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable : destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliro Shakespeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido , y tienen razón : dicen también que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos viejos ridículos , y también es cierto ; pero tales figuras son buenas para un entremés , no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresión que corresponde á tales pasiones , la unidad de interés que nunca debe debilitarse ; todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchín. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí : desecha lo inútil é inoportuno : elige lo que es conveniente á sus fines , y en esta elección consiste el gran secreto del arte. Es muy natural, que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo , la túnica ensangrentada de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa, que en un rincón vendiese higos ó asara castañas ; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaría para disculparse : que era natural. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pintura debía producir : es natural, pero inoportuno y ridículo , y tú eres un artífice ignorante : puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pasa entonces él dice... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico , digno de Moliere. La debilidad de su cabeza no le per-

mite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su propósito : su locuacidad llena estos vacios con palabras insignificantes : habla sin tino y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

⁽⁴⁾ *Fo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se ve que el príncipe ha empezado ya la fision de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice : que no se vé que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella, que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

⁽⁵⁾ *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y erran muchas veces por exceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario : carecen de experiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será después : la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí : proceden con tameridad, y solo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado, los hace en extremo tímidos y cavilosos : el vigor de los muchachos y la poca práctica del mundo, los hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento, son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

⁽⁶⁾ *Bien venido Guillermo.* Vé aquí dos nuevos personajes de quienes no se tenia noticia : condenados entrambos á sufrir pallas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *GUILDENSTERN* y *ROSENCRANCE*.

⁽⁷⁾ *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores salieron en el primer acto de Elsiúgdr : han ido á Noruega, han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

⁽⁸⁾ *Mi Soberano, y vos Señora.* Ya se vé que todo cuanto dice Polonio en esta escena, va dirigido á excitar la risa del público, y así se

verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bagesa y sublimidad, al caracter de la nacion y no á ignorancia de los escritores ; se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente mas risueños que los franceses ; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesia dramática : han aplicado á cada uno de sus géneros, los personajes, los afectos y el language que les es propio, y aquella nacion ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, ríe con *Turcaret*, y llora con *Phèdre*.

(99) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio, las protestas de que será breve, (cosa que en él es imposible) las antítesis y equívocos que vierte á cada paso, para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente : su vanidad ridicula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre ; y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenas de sales cómicas este caracter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad, y con otros principios.

(100) *Pero, veis? que Idiotas!* Hasta ahora todos los personajes de la tragedia original han hablado quasi siempre en verso ; pero de aquí en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa : en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(101) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se hallarán muchas expresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido ; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(102) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasage aluda á unos versos de Juvenal, Sat. X.

(103) *En tal caso ¡entareis colocados.* Este pasage se omite en la representacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tiempo escribían para el teatro.

(104) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1537 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos. (Hammer.) Véase tambien la nota 22 del acto I.

(105) *Pero hay aquí una cría de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasage duernes profundamente el padre del

teatro inglés. Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Londres á fines del siglo 16, entre las cuales tenian mucho aplauso la de los músicos de la capilla real y otra que llamaron *Children of the revels*. (Niños de la diversion) las quales por el concurso que atraian excitaron la envidia de los demas cómicos, como se ve en esta scena claramente. Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para que ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe, que en este pasage Shakespeare se aparta un poco de su asunto. En efecto, se aparta un poco.

(10) *Así en la Tragedia como en la Comedia.* Á esta especie de catálogo que hace Polonio, de los varios géneros de piezas dramáticas que se representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos; han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridiculas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas. *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Saynete* (que no es mas que comedia en un acto) *Entremés* (que equivale á farsa) y *Zarzuela* (que es lo mismo que ópera cómica) y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el Abate Betinelli en su obra de *il Risorgimento d'Italia*. cap. 3. dice, hablando del teatro español: *Nuevos nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba, Comedia de capa y espada; otra, de dos partes ó jornadas; otra, de tres ingenios, Autos Sacramentales, Alegóricos Historiales, y otras extravagancias semejantes á estas.* Es lástima, por cierto, hallar en un literato de tan conocido mérito, equivocaciones que desacreditarian á un pedante foliculario y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias; aunque vulgarmente se llamen así, aquellas en que no entran personajes heróicos, para distinguirlos de las damis. Los *Autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *Autos*: y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia: ni el formar dos ó tres ó mas fábulas de un solo personaje, quiere decir que los géneros se alteren y confundan.

Ifigenia en Tauris, no es mas que una segunda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son tragedias. *Ircana en Julfa*, é *Ircana en Hirpahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa Persiana*; y todas tres, comedias arregladas, de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli ejemplos de extravagancia, que no hallará tan abundantes, ni en el español, ni en el inglés, ni en otro alguno de Europa: y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculeces, cuando Italia pueda reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autores han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial, á quien pertenece por existencia el título de inventor. *Archicomedia caprichosa-moral*. *Anatoplasmo músico*. *Archidrama musical*. *Accion Regi-cómica moral*. *Comedia infernal*. *Comedia tropológica*. *Comedia tragicomedia en Comedia*. *Comi-drama*. *Capricho satiri-cómico*. *Drama hero-cómico-histórico*. *Drama civil y rústico*. *Drama melo-trágico*. *Dramática grotesca*. *Etopeya trágica*. *Fábula estercolita*. *Fábula trágico-regia-pastoral*. *Inventiva pastoral-scénica-representable*. *Opera hero-tragi-satiri-cómica*. *Opera anagramático-cómica*. *Parábola sacro-dramática*. *Representacion heremítica espiritual*. *Tragicomedia ideal*. *Tragicomedia pastoral piscatoria*. *Trágico-sátira*. *Tragi-comedia pastrocómica-tricomena*. Si no bastan los títulos citados véase la *Dramaturgia de Leon Alacci* y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura extranjera: que faltó á la imparcialidad de buen crítico; y que, fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra se habian escrito *Archidramas*, *Anatoplasmos* y *Etopeyas*, y *Fábulas estercolitas* y *anagramático-cómicas*, *infernales*, *heremíticas* y *tricomenas*.

(17) *Scena indivisible*. Hay quien ha creido que por *Scena indivisible* deba entenderse, *Scena fija*: sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quien fue el poeta que tales obras compuso, ni quien las imprimió, ni quien las vió; no será temeridad pre-

sumir que jamás habrán existido. Estas piezas y las tres comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una: pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(10) *La primera línea de aquella devota canción.* En este pasaje y el anterior en que habla de Jephthá, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles, en tiempo del autor.

(11) *Dice quiera que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de muger.

(12) *Pirro feroz con paseadas armas.* Algunos eruditos han creído que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó agenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante: otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto, que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa que no fuera perfecta. Los que no le juzgan imperable, hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasia robusta, imágenes atrevidas, expresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripción, adornos inoportunos, viciosa abundancia, tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasaje, y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intencion de Pirro: la sangre cuajada, que le cubre de la frente al pie: el airo de su espada, que postra al débil Priamo: el Ilicon, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos: la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos: Hécula, que intenta extinguir con su llanto el incendio de Troja: Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Priamo: las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas: son expresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen á cualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas, impide á sus apasionados reconocerlas por suyas; sirvan de compensacion á estos defectos las dos excelentes comparaciones, de la calma que precede el rayo; y el golpe de los Cyclopes sobre las armas de Marte.

(13) *¿ Quien se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es: Será posible que yo (no acostumbrado jamás á que nadie me insulta) tolere ahora tan graves ofensas? si, que ha faltado en mí sin duda el

antiguo valor, pues no ha tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridiculas con que la amplifica y adorna, lo cedian todo á perder.

¹⁰² *Prostituta vil.* Letourneur omitió en la version de este monólogo, lo de arrancar las barbas y soplarlas, el aspir las narices, la legia, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina: no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo, que su traducción *será exacta y fiel, formando una copia parecida donde se vean la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.*

¹⁰³ *Si muda de color, si se estremeca.* ¿Y está seguro Hamlet de que el rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, esuto, artificioso, halagileno, que no siente remordimientos de su culpa y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe? Cuando sea por la scena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito (que le es necesario) estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras; pues no conoce que puede ser victima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los más aptos.* Véase la nota primera del primer acto.

(2) *Existir ó no existir.* Johnson explica la situación de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: « Hamlet que se ve ofendido del modo más atroz, no hallando camino de vengarse sin exponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera. Antes que yo pueda formar plan ninguno conviene decidir, si después de esta vida hemos de existir ó no. Ve aquí la cuestión, cuya resolución determinará, si es más conveniente al decoro y á la razón sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este sería un término apetecible; pero, si morir es soñar, esto es: conservar todavía la sensibilidad; en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar, ¿que especie de sueños pueden ocurrir después de la muerte? Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad: esto da fuerzas á la conciencia y entorpece la resolución. Hamlet iba á contraer á sí mismo y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inesperada de Ophelia interrumpe sus reflexiones. »

No obstante la opinion que se acaba de exponer podría notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situación en que se halla. Porque, ¿en qué pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? no es ocasión: su padre le pide venganza, el cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme parecer en la empresa? este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella acción sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso, ¿es bien que tema la muerte ni le amste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creído acaso que es ficción del demonio la aparición que vió? pues si todo es falso, nada hay que em-

prehender: su tío no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el qual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solides juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasages mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(1) *No, yo nunca te di nada.* No se halla raras que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abalirla.

(2) *Díds este pasage.* Ve aquí un príncipe á quien se le acabe de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. Que tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(3) *Los que hacen de payas.* En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro: para dar novedad á los dramas, y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(4) *Muy bruto fue el que comatió.* Estas puerilidades y equívocos necios, no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupción, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(5) El pasage que se ha dejado en blanco, es uno de aquellos cuya traduccion podría ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That's a fair thought to lie between maids' legs!

(6) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio: que sufre en paciencia tal espectáculo, sin darse por entendido. ¿Pues porqué no hace lo mismo en adelante? no se adivina la razon. Ó de-

hió interrumpir esta escena, luego que vió el argumento de ella, ó debía sufrir con igual seriedad la declamacion que sigue despues : en la cual, nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus malidades. Así es, que este personaje se contradice en su modo de proceder : cuando ve la representacion muda, tolera mucho; y cuando oye los versos, demasiado poco. En quanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(10) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta; no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(11) *Así perde del caso.* Esto no es mas que una ociosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

(12) *Te has enterado bien del asunto?* Á buen tiempo lo pregunta el rey ! Pues ¿ no ha visto ya qua se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina y la usurpacion del trono ? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(13) *Al rocío que está lleno de mataduras.* Sublimes imágenes para una tragedia ! *Letourneur* se guardó muy bien de traducirlas.

(14) *Que tanto el mundo está desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia : el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el gran secreto. Cierito es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso : cierto es que la providencia quiere su muerte : la vision terrible que habló al príncipe no es ficcion diabólica, como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infiel. ¡ Que ideas, que afectos no debe excitar en el joven Hamlet este momento, así que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas ! Horror, piedad filial, ira, venganzas, esto ha de sentir, de esto ha de hablar... ¿ Quién hubiera creído que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tío ?

(15) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré : porque al fin es mi madre.

¹⁰⁷ *Este es el espacio de la noche.* Según las antiguas supersticiones vulgares la noche era escabralde y profana, y el día puro y santo. (Warburton notas á *Shakespeare.*)

¹⁰⁸ *Déjame ser cruel; pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor, para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la reina: la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprehenderá áperamente, llenará su corason de angustias; pero, á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque, se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas, que la naturaleza inspira; no hay entouces alma sensible que pueda resistirse á la comiseracion y al llanto.

Hanmer en la *vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de *Sófocles*, dice así. «En ambas tragedias se ve
» preciado un joven principe á vengar la muerte de su padre: sus
» madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el
» asesinato de sus esposos y se han casado despues con los agresores de
» aquel delito. Orestes baña sus manos en la sangre de su misma ma-
» dre, y aunque no se ve esta hárlara accion en el busto, se ejecuta
» tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra
» pidiendo favor á Egisto é implorando pordon de su hijo, que la ma-
» ta; mientras Electra desde la scena le anima al parricidio. Hamlet
» movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolucion
» de vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que
» se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el
» poeta inglés, con admirable prudencia y artificio, le hace abstenerse
» de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir
» acertadamente el horror y el terror: la última de estas pasiones es
» propia de la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el
» mayor ornato.»

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Euripides, seria mayor todavia la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caracteres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos: todo está manchado de tan negros colores, y

resulta un hecho tan abominable y atroz , que en ningún teatro moderno podría tolerarse.

(17) *Oh ! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viage de Hamlet á Inglaterra, para que le maten allí así que llegue, y apenas ha resultado esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inexcusable y mal preparado de esta situación, se hallarán en ella excelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Que mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios? sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos? ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro, cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso académico; sino que tocadas ligeramente y unidas á los efectos del personaje que las dice, ilustran la razon ó indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando esté ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey; pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podrá salvarse, y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un principe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entretanto retirado aquí.* Véase la nota primera del primer acto.

(20) *Que me mandáis, Señora.* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo, con el grande interés de la situación, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas y la agitacion de los afectos.

(21) *Misér!* La muerte de Polonio no produce efecto trágico: semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco ne-

cesario á la fábula: no ha excitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

¹²¹ *Los cabellos del Sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estas flores impertinentes: la situacion en que se halla pide vehemencia de afectos, y sobriedad de estilo.

¹²² *Bephrigus celestis defendidme.* Esta aparicion del muerto es inutil. Dice que viene á inflamar el ardor casi extinguido de Hamlet, y á fe que no tiene razon: nunca el príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

¹²³ *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son justas, propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente, dan expresion y movimiento al dialogo; no le ofuscan ni debilitan.

¹²⁴ *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre, le obliga á ser sanguinario y vengativo.

¹²⁵ *Aquel gato viejo.* Á Lefournour se le olvidó traducir todo este párrafo.

ACTO CUARTO.

⁽¹⁾ *Así el oro.* Como el rey acaba su discurso con una comparación, la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de esto también. Si Don Felix se compara con el eliotropio que sigue al sol, Doña Inés le asegura que ella es como el imán enamorado del norte: si dice Don Carlos que su amor es único y solo, como el finix de Arabia, Doña Leonor le replica que su constancia es el casco, combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discurrir, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verisimilitud.

⁽²⁾ *El cuerpo está con el rey.* Stevens lo interpreta así: *El cuerpo está en la casa del actual rey; pero el verdadero (esto es: el precedente rey) no está con su cuerpo.* A M. Eschenberg le parece más natural de esta manera. *El atabud está cerca del rey; pero el rey no está todavía en el atabud,* que es decir: no está muerto aun, como debía estarlo. Letourneur cree que se pudiera explicar en estos términos: *El rey no está con el cuerpo,* esto es: *Claudio no es más que un cuerpo sin alma, no tenemos rey, no hay un verdadero rey dentro de su cuerpo.* Si todos los comentadores de Góngora vinieran á interpretar este pasaje, no podrían disipar la obscuridad en que está envuelto.

⁽³⁾ *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir con Hamlet, que engordamos á los demás animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan después, comiéndonos á nosotros: tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez, que tragó á un gusano, que se había alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es verdadero y posible; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridículo, y en que un príncipe de Dinamarca se explica en este pasaje como un arriero de Saecido.

¹⁰ *El Capitán*. Este es el príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personaje tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta, antes que se acabe la tragedia.

¹¹ *Caballero, ¿de donde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet habiéndose embarcado en Elsingor para ir á Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega, que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografía de Shakspeare no es de las más exactas.

¹² *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces: culpa su inserción y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso, ó son inoportunas, ó encierran malísima doctrina. Fortiábrás que emprendiendo la conquista de un país, que no vale cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es su frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningún príncipe justo, ni apesadumado de quien tenga sana razón. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos la exponen por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale), hacen de ella voluntario sacrificio, cuando la necesidad de las circunstancias, su obligación, la privada ó la común utilidad lo exigen.

¹³ *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenían gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer día de mayo, al rayar el alba, y el joven que las veía primero, aquel creían que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ó galán.

En una comedia de Cervantes intitulada *Pedro de Urdemalas* se hace mención de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la que se acaba de referir. Las monjas casaderas se ponían á la ventana en la noche de San Juan, con el cabello suelto, y un pie desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dijese en la calle: suponiendo que así debía fir-

marse el que había de ser su marido. Á esto aluden los siguientes versos de Benito en la citada comedia.

*Yo por conseguir mi intento
 Los cabellos doy al viento,
 Y el pie izquierdo á una bacía
 Llena de agua clara y fría,
 Y el oido al aire atento.
 Eres noche tan sagrada
 Que hasta la voz que en tí suena,
 Dicen que viene profetada
 De alguna ventura buena
 Á quien la cucucha guardada.
 Haz que mis oídos toquen
 Alguna que me provoquen
 Á esperar suerte dichosa, etc.*

(20) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á la accion principal, es un episodio que produce en la representacion admirable efecto. No se caracteriza como la del principe, con bufonadas, ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inesperada y cruel llena su alma sensible de afliccion, turba su entendimiento, y en cuanto hace y dice lo manifiesta. Se va al campo, y tege guirnaldas y fisiones de flores y yerbas, que amontona sin eleccion: con ellos se corona y adorna: vaga inquieta de una parte en otra, sin hallar en nada placer: solloza y rie, se enfada, tal vez; pero á nadie ofiende: pisa y trastorna cuanto halla al paso, emudece melancolica y prorrumpe despues, cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unas alusivos al estado de su corazon, y otros en que no se ve conexion ni objeto: á todos saluda cariñosa, con todos reparte los rústicos dones que lleva en la falda: á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verlo, y cuando le ve no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel, que dió á esta figura toda la expresion imaginable.

(21) *Huid Señor.* Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes atropellados é inverosímiles. Lacertes, que partió para Francia

al empezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingór, furioso por vengar la muerte de su padre, sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama rey, combate y dispersa las guardias del palacio y entra en él, seguido de sus parciales; sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nación esté disgustada con el Soberano, sin que se alcance porque el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laertes, que pasa su vida en hacer viajes, olvidándose del príncipe, legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias manifiestan que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia; pero en aquel tiempo (exceptuando en Italia, donde ya se conocia el arte) todos los poetas dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega, Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

(12) *La naturaleza.* Este concepto alambicado que se rompe de puro sutil, pudiera tener lugar en una Oda amorosa de Solís, ó en un Soneto de Villamediana; en boca de Laertes son muy inverosímiles tales expresiones:

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

(13) *Abagito está.* Por no dejar este pasaje en blanco, ha sido necesario substituir una traducción casi arbitraria. El original dice: *Down a-down an you call him a-down-a.* Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de: *Ay no ní, ay ay no ní,* son estrivillos usados en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes: por ejemplo, en la de *Guardarse á sí mismo*, cantan:

Laureta

Atalá allá de la tonsoneta.

En la de *El garrute mas bien dado.*

Yo soy tiritiritayna

Flor de la zucarandayna.

Yo soy tiritiritina

Flor de la zucarandina.

Esto y los estrivillos modernos de la tirana, la jota, el caballo,

cicú, holehole, chandé, trompiliptrompili, serengue, cachirulo y otros de esta especie; ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(99) *F ruda para vos también.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á los emergimientos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *notas á Shakespeare.*)

(100) *Un solitario.* El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habla tenido en vida mayor cariño: y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creían que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Lefournear, *notas á Shakespeare.*)

(101) *Una es que la reina su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no pueden resistir al uracán, y se vuelven al arco; son floreces calderonianas, que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Londres, que en el de Madrid.

(102) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasage se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto III.

(103) *Por último llegareis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al príncipe es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere hacerle morir en su palacio, á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un florete sin boton, ó emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. ¿Pues como no teme que la muerte de Hamlet producida por tales medios, descubrirá la traicion á los ojos de todos y que no habrá nadie que no le juzgue autor ó cómplice? ¿Como no teme que resulten alborotos en el pueblo ó ofendido de la alevosa muerte de su príncipe ó haciéndose de la parte del matador, á quien poco antes ha proclamado rey? ¿No es de creer que en esta general conmocion Claudio será la victima sacrificada á la venganza pública? ¿Hay circunstancia en este proyecto que no le manifieste peligroso y absurdo? ¿Es posible que un rey malvado, no halla medios mas seguros de

consumar un delito de esta especie, sin dilacion, sin publicidad, sin exponerse á perder en la empresa el oetro y la vida? La ausencia del príncipe le facilita la ejecución: ¿porqué no estorba su venida á El-singó? ¿Porqué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea, ni lo espía, y salva entonces todas las dificultades: su maldad queda oculta y se libra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cual fuese el caracter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por el rey, nadie dudará que es un mal caballero sin ideas de honor, ni de virtud.

(17) *Desde hallaréis un sauce.* La narracion de la muerte de Ofe-
lia es bastante breve; y aunque se omitiera el segundo periodo, en que se hace enumeracion de las flores que la adornaban, nada se perdería. En situaciones semejantes á esta no se toleran largos discursos: porque si el suceso debe excitar violentos afectos en el personaje que escucha; no es natural que los reprima por dar lugar á que el muncio lo haga, con una vana verborrosidad.

(18) *Devanando aguas tiegas y.a.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse: por mucho que llora no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamás, y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo quanto dice Laertes en este pasage es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculosa y chocarrerías de que esta obra está llena las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el sumiller de corps del rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto V se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo queson, apenas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soca. Se va una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepultura, esparciendo por el teatro, la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios; para excitar la risa del vulgo, en medio de tanto horror. El célebre Garrick tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo: quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro y acudia á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguaje altísimo, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetas, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *Pues qué, Adán fue caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tío Socola que Adán fue el primero que tuvo brazos, el tío Rasura lo entiende mal y replica que Adán no tuvo armas. Socola, citándole la escritura, insiste en que Adán no podia caber si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasage, el cual traducido á la letra es como se sigue:

SEPULTURERO 1.º

Éllo es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los

jardineros, sepultureros y cabaleros, que son los que ejercen la profesion de Adán.

SEPULTURERO 2.^o

Pues qué, Adán fue caballero?

SEPULTURERO 1.^o

¡Toma! como que fue el primero que llevó armas. (brasa)

SEPULTURERO 2.^o

¡Qué! si nunca las tuvo.

SEPULTURERO 1.^o

Faya, tú debes de ser algún gentil... pues como entiendes aquello de la escritura? La escritura dice: Adán cabó; ¿y como podía cabar sin brazos? (armas) No hay remedio. Pero, voy á hacerte una pregunta etc.

⁽¹⁾ *Que poco cuenta ese hombre. Si parece extraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe traiga conversacion con ellos, sufra sus necedades y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y que imágenes amontona el autor! horrocasas, asquerosas, repugnantes, ridiculas; y que estilo tan ageno del decoro trágico! La calavera del que pedía prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó: la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el asdon y llena de barro: la alteracion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no: la explicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un cartador: las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto: sobre que los compradores de tierra son mas brutos que las terneras y carneros: sobre si seria posible tapar un tabique hendido ó un barril de curlema con las cenizas de César y Alejandro... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y cosa? Que desengaño para los que piensan que un poeta solo necesita ingenio!*

⁽²⁾ *Para que esa gente se divierta. En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *Loggats*: las piezas con que la gente ordinaria le jugaba solian hacerse de huesos de muertos.*

⁽³⁾ *Mia, señor. La obscuridad que se nota en este pasage nace de la*

varia significacion del verbo *to lie* : que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aqui resulta en el original un equívoco ridiculo, que no se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET.

Si, yo creo que es tuya porque estás (mientes) ahora dentro de ella.

SEPULTURERO.

Por estás (mentis) fuera de ella, y por eso no es vuestra : por lo que hace á mí, yo no estoy (no miento) dentro de ella; pero no obstante es mía.

HAMLET.

Tú estás (mientes) en ella, y estando en ella, dices que es tuya; pero la sepultura es para los muertos, etc.

⁽¹⁰⁾ *Que otra ceremonia falta.* Á una escena de cementerio y sepultura, no podia seguir otra cosa que un entierro, y véase que viene á paso grave y tardó, con sus bayetas, su atahud, sus clérigos y su acompañamiento detrás : en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece súbito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay y quienes adulan su ignorancia, y lo aturdan, sin enseñarle.

⁽¹¹⁾ *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas al uno al otro. Á la extravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo; humilde y grosero en boca de Laertes, cuando insulta al clérigo sábio, y en la de Hamlet, cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro : inflado y campanudo, cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espaldas de tierra que tuaste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolitica. Habla la reina, y todo es diferente. ¡ En qué hermosa actitud se presenta, esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amigo ! ¡ Que triste reflexion la da que esperó adornar con ellas su tálamo

nupcial, no ya su sepulcro! ¡Que inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Que bellísima comparación la de la paloma, cubriendo inmóvil sus nuevas crías.

⁽¹⁾ *Escil. Lago inmediato á Elsingór.*

⁽²⁾ *Pues andréis amigo.* Horacio acompañado de los marineros fue á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante, como es el saber lo que le sucedió en su viage al príncipe, y por, que extraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oír de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relación no estuviese llena de circunstancias inverosímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenían los despachos del rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verosímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creíble que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al agua enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por que medios pudo librarse, ni como halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viage á Inglaterra: ¿para que? ¿no saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á esta fin le ha enviado en su compañía? ¿pues á que prosiguen el viage que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y hacerle saber lo ocurrido, para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver al entierro, quiso que los otros muriesen ahogados, y no se paró en deli-

tinbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres días hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingdr, con la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aquellos infelices.

FIN DE LAS NOTAS DE HAMLET.